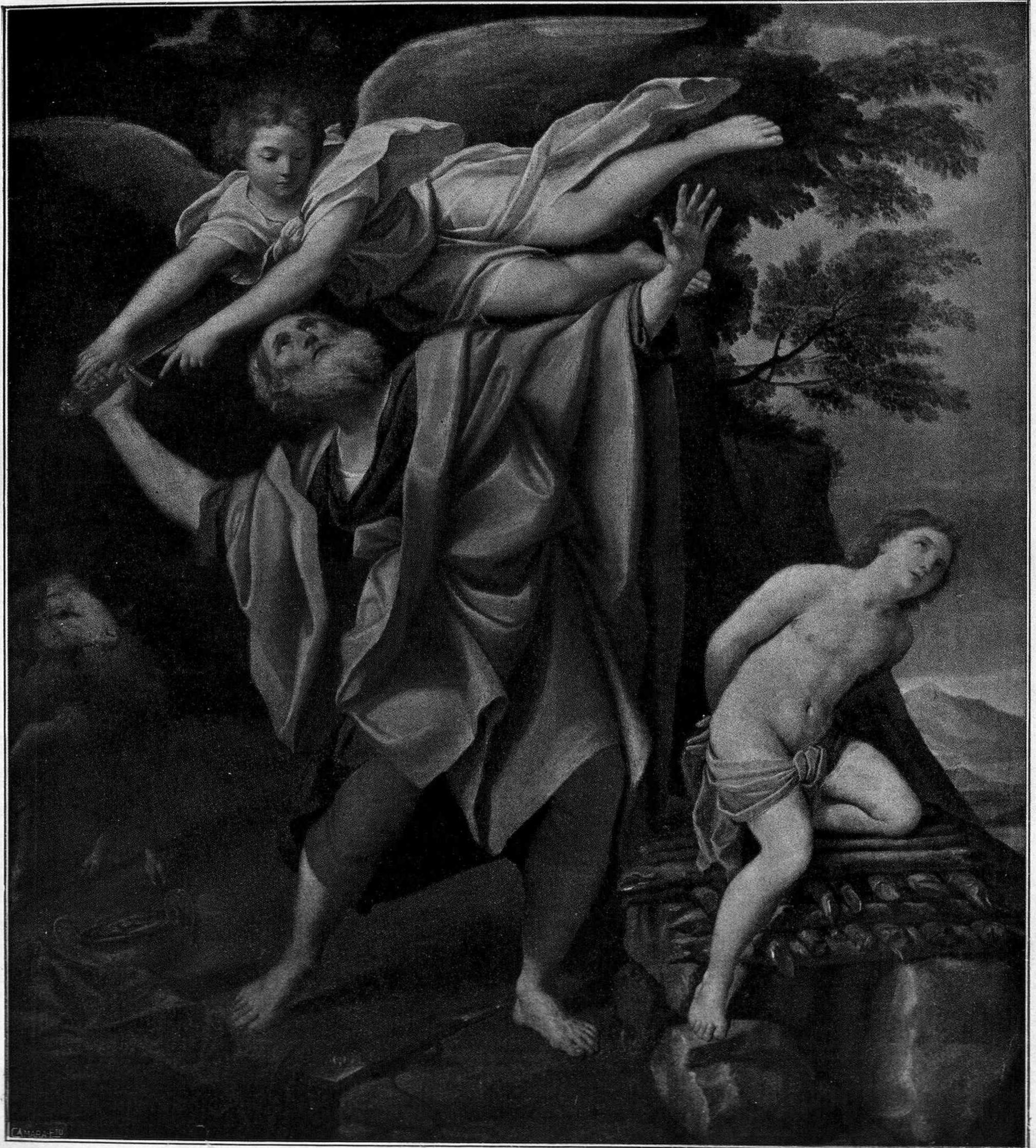


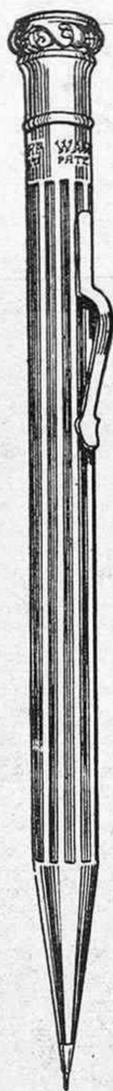
La Esfera

Año VIII • Núm. 384

Precio: Una peseta



EL SACRIFICIO DE ABRAHAM, cuadro de Domenico Zampieri (Domenichino),



EVERSHARP

El Rey de los Lapíceros.

Millones de personas han adoptado el lapicero EVERSHARP como el más perfecto.

Todos quienes lo emplean proclaman que ningún otro lápiz puede compararse con EVERSHARP.

EVERSHARP está siempre afilado sin nunca afilarlo.

Con él se escribe cómodamente en cualquier momento :-: Está siempre á punto. Dura indefinidamente :-: Es práctico, económico, bonito y duradero.

El Lapicero automático

EVERSHARP

lleva doce minas de recambio, lo suficiente para escribir 250.000 palabras, ó sea el trabajo de 15 lápices ordinarios.

Pidan siempre minas EVERSHARP, porque son las únicas apropiadas para el lapicero EVERSHARP.

Hay varios grados de dureza.
Se venden en cajitas de 12 minas.

EN PLATA, DESDE 10 PTAS. EN ORO, DESDE 25 PTAS.
OFFICE APPLIANCE CORPORATION.-Alameda, 23, San Sebastián

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización recienste, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

PRÓXIMAMENTE PUBLICARÁ

“PRENSA GRÁFICA”

LA NOVELA

SEMANAL

SEDLITZ CH. CHANTEAUD
de PARIS

a base de Sulfato de Magnesio anhidro puro, Acido Tátrico, Bicarbonato de Sosa. — El mejor Purgante, Laxante, Depurativo contra: ESTREÑIMIENTO, JAQUECA, ESTADO BILIOSO, CONGESTIONES, VICIOS de SANGRE
PREPARADO POR URIACH C^a. 49, BRUCH. BARCELONA

SE VENDEN

los ejemplares usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Heemosilla, 57

La Esfera

Año VIII.—Núm. 384

Madrid, 14 de Mayo de 1921

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ANTEPROYECTO DE MONUMENTO A SEBASTIAN ELCANO

Original de los arquitectos José de Azpiroz y Agustín Aguirre, premiado en el Concurso celebrado en San Sebastián

DE LA VIDA
QUE PASA

ENIGMA

Hoy que se ofrecen premios al que analice, en erudita memoria ó elocuente disertación, las causas de este ó de aquel fenómeno social, ¿no habrá un sociólogo con posibles que anuncie una recompensa de algunos miles de pesetas á quien explique el incremento de la humanidad desde el término de la guerra hasta el día?

No he podido encontrar quien me dé la menor clave de este enigma, bien patente, y de esta anomalía, que se comprueba con sólo abrir los ojos. Cuando suponíamos que iban á presentarse, por algún tiempo, síntomas de despoblación, á causa de la muerte de tantos millones de hombres, barridos por la Segadora en los campos de batalla, en las destruidas ciudades, en el aire, en los barcos sumergidos, he aquí que la humanidad se abulta, crece, pulula, se desborda y no cabrá en parte alguna al paso que lleva. ¿Será sólo en España, por haberse refugiado aquí una ola gigantesca de multitud asustada, horrorizada de tanta barbaridad? No. Según parece, sucede lo mismo en todas partes. No hay hospedajes, no hay viviendas, escasea hasta la respiración en el resto del mundo. Lo que el Dante llamó «la mala semilla de Adán», rebrota, brucea y echa renuevos y matojos por donde le acomoda. ¿En qué consiste? ¿Lo sabe alguien? Ese alguien será muy amable si nos lo participa.

En Madrid el caso ya reviste caracteres alarmantes—ó que nos lo parecen, porque los vemos de cerca—. Bien sabemos que no hay viviendas, que para encontrar asientos en el teatro conviene pensarlos un mes antes, que á los tranvías hay que subirse á puñetazo limpio, y que aquel Metro, que había de «descongestionar» á Madrid, está él mismo congestionado de viajeros y de ganancia. Sabemos que las iglesias se colman de gentío; que para comulgar hay que guardar vez (lo mismo sucede para conseguir una mesa libre en los locales donde se toma el té á las seis de la tarde); no ignoramos que en épocas del año en que antes apenas se viajaba é iban vacíos los trenes hay que pedir ahora el coche cama con extraordinaria anticipación; y que en las tiendas, para ser despachado, conviene estarse de pie un ratito, en actitud suplicante. ¿De dónde ha salido tal muchedumbre? ¿Quiénes son estos señores y estas señoras que, bien trajeados, con aire ávido, goloso y satisfecho, inundan los sitios donde olfatean diversiones, obstruyen el hall de los hoteles, pisan la hierba húmeda del paseo, en las carreras de caballos? He aquí otra extensión humana insospechada: el incremento inverosímil de las personas de buena posición. Lo que antes era un círculo, siempre el mismo, es ahora un sin fin de círculos, y caminan á la nivelación social, por la confusión de sus elementos y la intrepidez de su asalto, aunque les falte armonía, intimidad, solidez. Por eso es tan frecuente, en los sitios públicos, oír que se repite con tono de hastío una frase típica: «Esto es un desembarco en la India. ¡Ni una cara que se conozca!»

Y es lógico. La capital ha doblado su vecindario, por lo menos; y estas capas nuevas, procedan de donde procedan, no pueden sernos familiares. Insisto: ¿Viene de provincias esta invasión? ¿Se nota despoblación en provincias? Al contrario: en las ciudades provincianas falta donde alojarse, lo mismo que en Madrid; hay exceso de humanidad hasta en los villorrios y aldeas; esos remansos de paz que antes existían, y que no eran sino despoblación, no se en-

cuentran; ha desaparecido el encanto de las soledades, la poesía del silencio apacible.

Fué la hinchazón de humanidad la que hizo trágicas las calles matritenses, obligando á tomar medidas incesantes, no siempre eficaces, pero necesarísimas, para prevenir ó reducir tanto horror. Era de mero sentido común que se pusiese coto á las velocidades, y sólo hallo que se tardó bastante en ponerlo; más todavía se ha tardado en regular la marcha de la gente dé á pie, y de fijo será doblemente difícil corregir los abusos por este lado, pues nuestro carácter es opuesto á toda organización y á toda limitación de libertad que resguarde el derecho ajeno. El que va á pie, por este hecho se juzga, al menos, dueño de la calle entera, de la acera y del arroyo. Ya que los otros, sean quienes sean, van en coche, no es justo que á él se le limite el espacio que pedestremente ha de usufructuar. ¡No faltaba más! Las Ordenanzas, ya lo verán ustedes, han de ser muy difíciles de cumplir y de hacer acatar en lo que se refiere á los peatones. Quizá prefieren la contingencia de ser arrollados (por lo menos, no tratan de evitarla) á que les hagan ir por un sitio señalado, fijado de antemano, y á que les obliguen á dirigirse rectamente hacia el fin de su caminata, si es que tiene algún fin, y no es el callejeo delicioso, el disfrute del espectáculo gratuito y siempre variado y fecundo en sorpresas y en vivos incidentes.

Existe un obstáculo para regularizar la circulación: los niños.

Si no mienten mis recuerdos del tiempo pasado en el extranjero, los niños, en París, Londres y Bruselas, no andan sueltos en racimos por la calle, jugando en ella y entregados á sí mismos, sin freno ni vigilancia alguna. No hay idea de lo funesto de tal estado. La calle es para el niño una escuela de desvergüenza y corrupción, y claro es que la responsabilidad no le alcanza, porque son los adultos, son los padres, es la sociedad misma, quien debe impedir, á toda costa, el peligro. Criaturas tiernecitas, sin protección ni amparo alguno, en libertad por las vías urbanas, ejercitando tempranamente las artes de la truchimanagería, cual otros pícaros de los que pintó Cervantes en su ejemplar novela *Rinconete y Cortadillo*; niños que reúnen el candor y la inexperiencia propios de su corta edad á las malicias aprendidas al contacto de otros pilluelos más granados y ya expertos en maldades y vicios; niños que, cuando la casualidad nos permite escuchar sus diálogos, se sirven de un vocabulario espantable; de estos niños hay un ejército—también ellos han aumentado—sueltos y á su talante en la urbe; y se creería que no tie-

nen más madre que la calle, de piedras duras y contaminadas; y el instinto del juego les precipita hacia los riesgos, como el de apropiación les impulsa á las transgresiones; y según arrebatan, en Carnaval, las flores que adornan los coches, y arrancan de las ventanas, si pueden, las palmas del Domingo de Ramos, se precipitan bajo los automóviles, y los tolean, y se cogen á la trasera y á los topes del tranvía, y es de temer que sigan haciéndolo, pese á cuanto se disponga, ordene y mande. Porque, en efecto, esas criaturas se diría que salen de las rendijas del pavimento, y mientras no se construyan enormes *chiquilleras* pedagógicas, á manera de corrales, donde no les pueda suceder nada malo, y aun aprendan alguna cosilla, no habrá remedio para su daño. Es preciso arbitrar un medio barato, sencillo, de impedir la vagancia infantil, con la subsiguiente mendicidad y criminalidad. Ya que no se quiere depurar la responsabilidad de los padres (¿cuántas sorpresas habría!), impídase, por lo menos, que las criaturas se infecten al funesto contacto de la calle. Todo menos esa vagancia admitida como situación natural de la niñez, y de la cual muy pocos se preocupan. El abandono de la niñez es cosa cruelísima; y tal vez lo peor que puede sucederle á un niño abandonado no es que le despachurren.

A la sociedad tampoco le conviene ese cultivo de la niñez en el tablar de hongos y de estiércol de la calle. El hongo humano, nacido y criado en tal forma, suele salir venenoso.

¿Cómo inculcar á nuestra gente celtoiberabereber (y una insignificante mijaja latina) que la calle es para transitar por ella dirigiéndose á alguna parte, y no para residir en sus ámbitos, ya que las casas son chicas, generalmente? La calle, aquí, ha servido para formar tertulias, para que tortoleen los enamorados sosteniendo las esquinas, para conferenciar con el amigo sin compromiso de convidarle á café, para discutir de política, para jugar á la patineta, al aro, á las tochas, á la cuerda y al trompo. La calle es casino, tienda, mercado, merendero, salón de lectura y de dibujo. Y si viene un autocamión ó una moto de esas que mugen como el mar en día de tormenta, á repetir el conocidísimo dicho del baturro: «¡Como no t'apartes tú!»

Eso sí: las calles de Madrid, cuando no se «tomaban medidas», tenían el encanto, el atractivo de una selva virgen, llena de contingencias y de aventuras raras. Las madres, las esposas, encomendaban á los seres queridos «mucho cuidado» cuando les veían dispuestos á emprender la azarosa excursión. «Fíjate bien, no se te eche un autocamión encima... Ve siempre por la acera...»

Y el intrépido explorador, armado de bastón ó de paraguas, calados los lentes para que nada se le escapase, no tardaba en darse cuenta de que la acera tiene también sus escollos. Amén de las patinetas de los chicos, había las bicicletas de los grandes, que encontraban más cómodo huir del arroyo, donde podrían hacerles una mala partida; y, alguna vez, un inhábil conductor litografiaba á un viandante contra la pared de un edificio, ó le metía por el escaparate de una tienda...

El único consuelo que se les ofrecía á los parientes afligidos, era repetir que: «¡Como ha aumentado tanto la población!» y «¡No se puede dar un paso en este Madrid!...» Y una vez más: ¿Por qué? ¿De dónde sale este hormiguero?

La condesa de PARDO BIZÁN

HOMENAJE Á UN ARTISTA



Grupo hecho en el Hotel Ritz, de Madrid, durante el té de honor con que fué obsequiado el ilustre pintor marinista Ricardo Verdugo Landi para celebrar el éxito de la Exposición de sus obras, verificada en el Salón del Círculo de Bellas Artes

FOT. CORTÉS



La Reina, coronel

En una triunfal mañana de primavera, cuando el cielo palpitaba de azul, merced a las cálidas llamaradas del sol de Castilla, celebró en Valladolid, que en algunos tiempos fué corazón de España, el acto de bendecir y entregar a la Academia de Caballería un estandarte bordado en oro por las manos augustas de nuestra Soberana. Fué un espectáculo tan pleno de emoción y de luminosidad, que bajo el palio de oro del cielo castellano adquiría la fiesta matices de algo fantástico y deslumbrador.

Tremolaban al viento las enseñas de nuestros regimientos, páginas victoriosas de gloria y de evocación; centelleaban, al ser heridas por el sol, las policromas telas de los uniformes, como un vivo desbordamiento de luz y de color; y, como un remate triunfal, la Reina Doña Victoria sonreía, bellísima y emocionada, al contemplar el homenaje que a sus pies ofrendaban nuestro pueblo y nuestro Ejército, sintetizados en aquel momento en los representantes de nuestras tropas de Caballería y en las gentes de la capital valisoletana, orgullo, reliquia y florón de Castilla. De la solemne ceremonia militar recogemos en nuestra página varias fotografías.



S. M. la Reina Doña Victoria, con el uniforme de coronel del Regimiento de su nombre, durante la fiesta celebrada en Valladolid el día 5 del actual FOTS. CAMPÚA

La Reina saludando al nuevo estandarte del Regimiento Victoria Eugenia

Los amigos de Eloy Gonzalo

No hay disolvente como el agua

Por fondo, la negrura de la noche, y destacándose en ella, el bronce de «Casorro», con su lata y su antorcha. Cuatro faroles, blandones mejor, alumbran al muerto que allá en tierras de América diz que hizo una brava hazaña; á su pie y en su derredor, hasta una docena de desarrapados que la candencia de unas brasas pinta de sangre.

En el corro están Paco «el Bizco», Julio «el de la Esperanza», Pepe «el Cocheles» y dos viejos que duermen y roncan con agria sonoridad; el resto de la reunión es desconocido para el cronista, sin que pueda jurar que lo sea también para la «Poli».

El reloj de los Escolapios da las doce; del «tupi» de «Casorro» llegan las notas de un cuplé pastoril, y un vendedor vocea: «¡Patatas asás!», y otro, con voz gangosa: «¡Café caliente!»

Un municipal cuida de la calefacción, y el sereno del barrio lee, deletrea, mejor dicho, un diario de la noche.

El frío es espantoso.

EL SERENO (al uniformado).—¡Esto está, pero que ni de molde!

EL GUARDIA.—¿Cuálo?

EL SERENO.—Lo que dice el papel á cuenta de un discurso de Saborite: «El pensamiento no dilinque, y que por el pensa-

miento no se debe de engrillar á los ciudadanos.»

EL GUARDIA.—Natural que no... Si dilinquera, ya estaría mi cuerpo en la Modelo y el de La Cierva en el panteón de Atocha.

EL SERENO.—¿Tan mal le quieres?

EL GUARDIA.—¡Calcula! Con el cierre de las tascas, me amoló.

PACO.—¿Era usté del gremio de las corintillas?

EL GUARDIA.—No; pero como en una de ellas tenía una tertulia, pues ná, que al cerrarlas me aburrí, y tuve, ¡maldita sea mi alma!, que distraerme con una socia, que acabó por hacerme sacar la lengua en San Lorenzo.

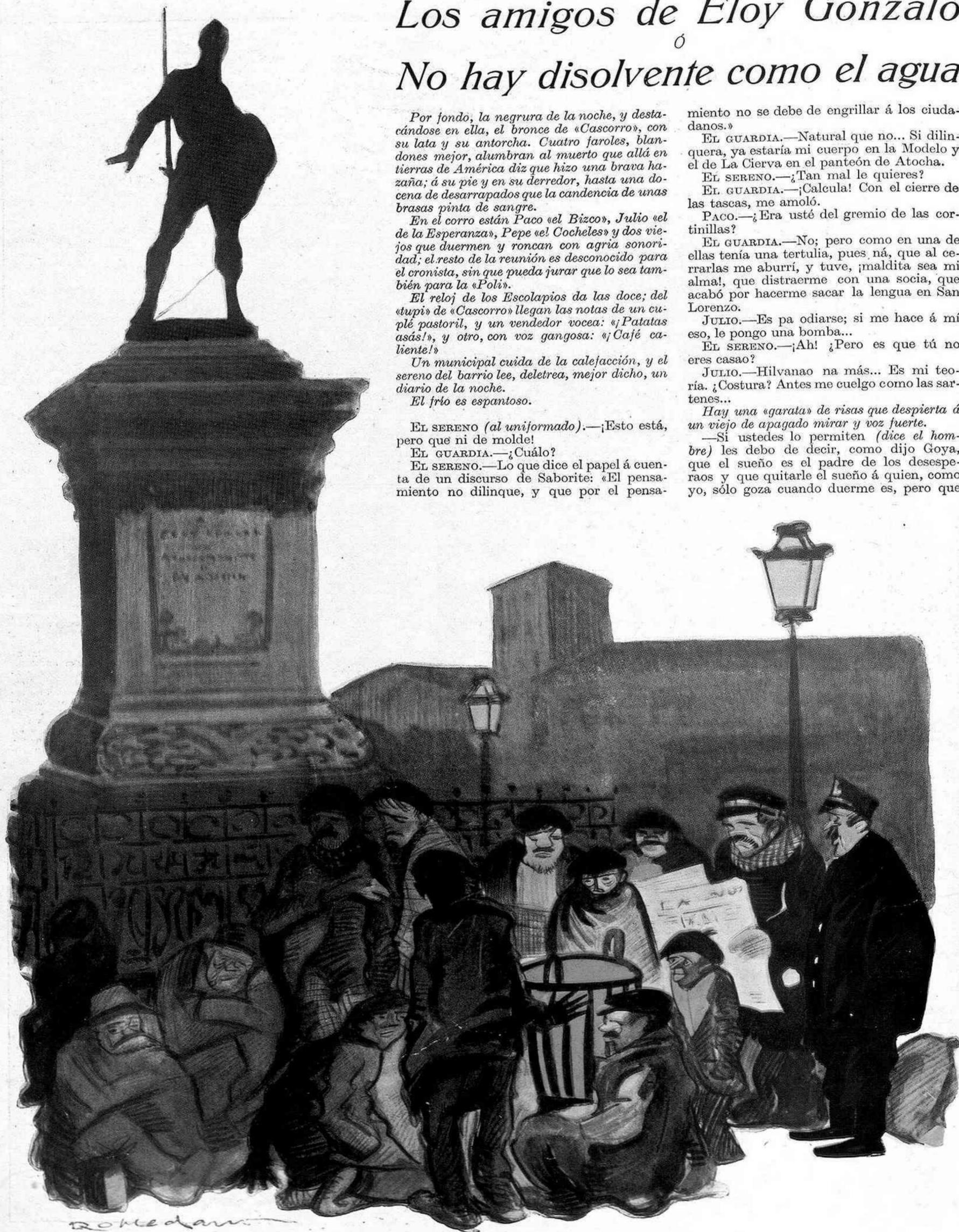
JULIO.—Es pa odiarse; si me hace á mí eso, le pongo una bomba...

EL SERENO.—¡Ah! ¿Pero es que tú no eres casao?

JULIO.—Hilvanao na más... Es mi teoría. ¿Costura? Antes me cuelgo como las sartenes...

Hay una «garata» de risas que despierta á un viejo de apagado mirar y voz fuerte.

—Si ustedes lo permiten (dice el hombre) les debo de decir, como dijo Goya, que el sueño es el padre de los desesperaos y que quitarle el sueño á quien, como yo, sólo goza cuando duerme es, pero que



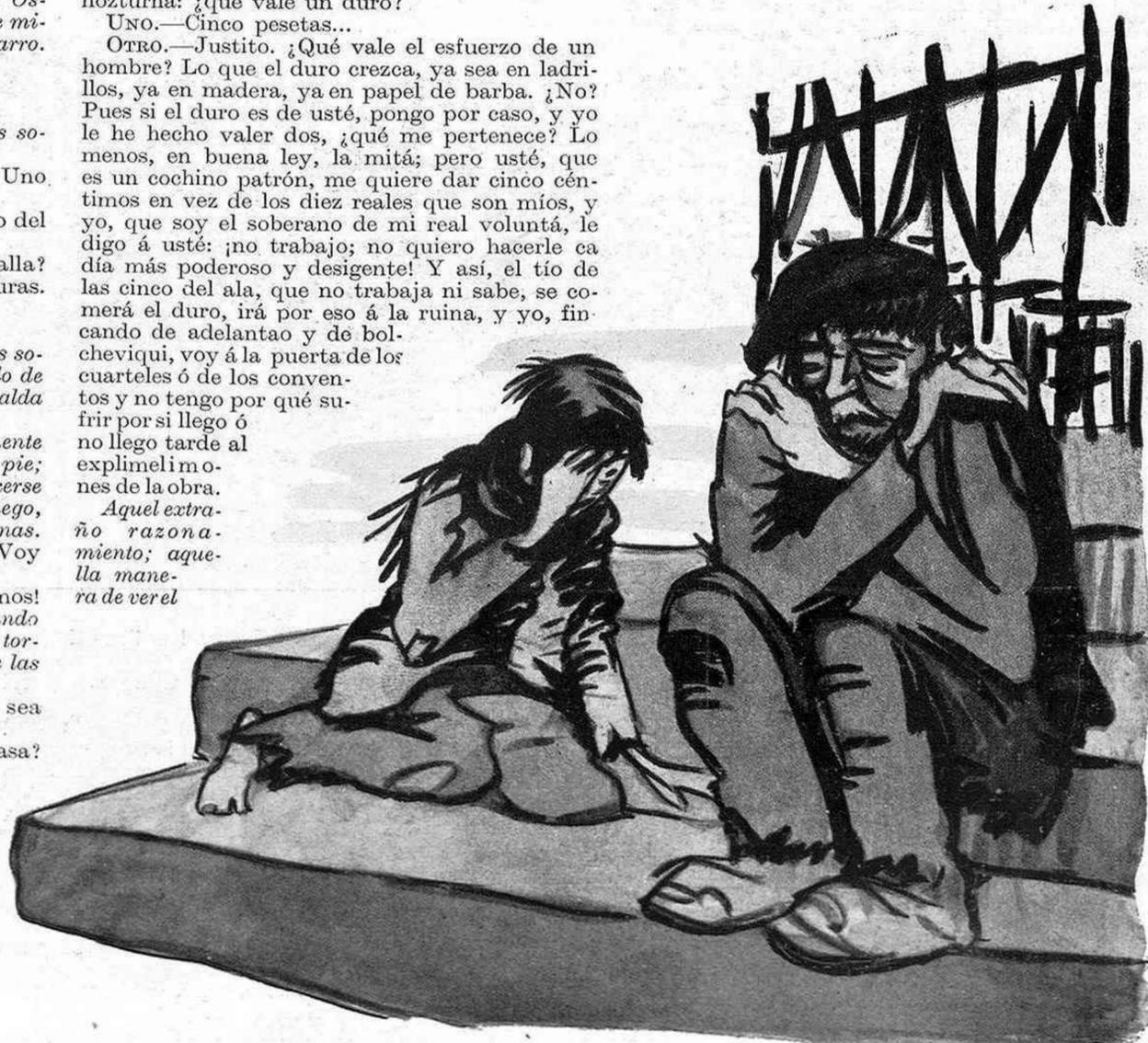
ni más ni menos, un crimen de lesa humanidad...
La oratoria del viejo hace que todos miren y callen.
 JULIO (al Cocheles y en voz baja).—¿Pero no le conoces? ¡Si es el curial, don Sabino!
 PEPE.—¿Qué curial?
 JULIO.—El que vivía con la Engracia y «pringó» en el asunto de los billetes falsos haciendo trampa en dos declaraciones...
 PEPE.—¡Pobrecito! Servicial, sí que era.
 JULIO.—Digo, como que por un duro y una ronda te hacía un hurto de cualquier robo.
 PEPE.—El malabarista del código, le he oído decir.
 PACO (que se ha acercado y oído el diálogo).—¿De verdad es él?... (Después de fijarse.) Pues sí..., el mismo...
 PEPE (alarmado).—¡Eh, tú! Más bajo, que á lo mejor se destapa, y los guardias, que están deseando de meterse en la Comi y no asepararse del brasero en toa la noche, pues hacen la «cuerda».
 PACO.—Pero un pitillo sí que le doy... En mi casa somos, por herencia, muy agradecidos...
Como pensó lo hace; toma el viejo el regalo y con ansia lo enciende.
 EL CURIAL.—Dios te pague la acción, buen mozo, y no te digo señoría, aunque dar un pitillo hoy tenga tratamiento, por no colocarte á la altura de un edil cualesquiera.
La salida del discursador provoca algazara. El «tupi» arroja á la calle con una franja de luz el dúo de Molinos de viento, y un beodo que se acerca a la estufa municipal se ve y se desea para tenerse en pie.
 EL BORRACHO.—¡Dios... es justo! ¡Dios es grande!...
 EL SERENO.—Transite el tonel...
Para que no se vierta ha de servir de puntal el del chuzo.
 EL BORRACHO.—¡Dios... es misericordioso! ¡Así en la tierra como en el... suelo!
Como un fardo cae junto al otro viejo que duerme.
 UNA VOZ (desde Embajadores).—¡Sereno! ¡Sereno!
 EL SERENO.—¡Va!...
Disgustado, como el que acude á sacar la cédula, camina el del chuzo.
 UNA VOZ.—¡Sereno!
 EL SERENO.—Ya verás como ese... no lleva suelto.
Varios de los «asociados» se agrupan, y uno de ellos, con más cara de bandido que de limosnero, saca una baraja. Igual que en Monte-Carlo, Ostende ó Niza, la faz de los «puntos» es agría y de mirar inquieto. Las «fichas» son puntas de cigarro.
 UNO.—¡Dos de «susini» al tres de bastos!
 OTRO.—¡A la sota, cinco colasas!
 EL VIEJO.—¡Un «chicote» al as!
Las cartas mugrientas son manchas claras sobre el adoquinado lleno de carbonilla.
 EL SERENO (al guardia).—¿No te decía? Uno del telégrafo que no acaba de bajar...
 EL GUARDIA.—¿Ya se ha abierto el casino del héroe?...
 EL SERENO (acercándose).—¿A qué se talla?
 EL BANQUERO.—Al cané; se admiten posturas.
 EL SERENO.—¿De colillas?
 EL BANQUERO.—Y de perros gordos...
Tira naipe y el del chuzo pone diez céntimos sobre un caballo. Animase el guardia y, dejando de vigilar un gran saco de carbón que á su espalda queda, juega también...
El beodo ronca de un modo completamente wagneriano. Paco, Pepe y Julio se ponen en pie; como el saco está solo, van uno tras otro á hacerse compañía, llenándose los bolsillos de carbón; luego, canturreando, vanse por la calle de las Amazonas.
 EL SERENO (que ha perdido su dinero).—Voy á ver si ha bajao ya el de los telegramas...
 EL GUARDIA (que gana).—¡Veinte céntimos! Gana más el uniformado y sigue apuntando con el mayor ardimiento. Los chulos vuelven y tornan á cargar con más carbón y por la calle de las Amazonas desaparecen otra vez.
 EL SERENO (con gesto feroz).—¡Maldita sea la eñe!... ¡Me caso con dos y mi suegra!
 EL GUARDIA.—¿Por qué es eso? ¿Qué te pasa?
 EL SERENO.—Que vuelvo á ver si el de telégrafos ha descendío, y me encuentro con que el granuja s'ha llevao los llamadores de la puerta, la bola de la escalera y las bombillas del portal...
 EL BANQUERO (que ve desanimada la chir-lata).—¿Qué, no juega usted otros diecito?
 EL SERENO (muy incomodado).—Ni juego, ni dejo que se juegue... ¡Ea!
Se inclina, coge la baraja y allá van sobre las brasas, que parecen gigantescos rubies, las sotas y los reyes, las copas y las espadas.
 Nadie protesta. El ganancioso levántase,

con calma camina y al llegar junto á la de Embajadores grita:
 —¡Hijo de la tuna! ¡Gallego! ¡Inquisidor!...
Quiere el vigilante ir tras él; pero el del sable le convence de que hacerlo es una tontería.
En el grupo quedan los viejos; un hombre de mala catadura; tres ó cuatro de no mejor facha y un pobre niño que duerme desde primera hora.
 EL CURIAL.—Lo que yo sostengo (dice, como continuando un conversar que no pudimos oír por hacerlo del de otros) es que la sindicación se impone... Los del mismo oficio deben hacer el cuadro pa la defensa de sus intereses...
 UNO.—Y los que no tenemos oficio, ¿qué hacemos?
 OTRO.—¿No somos la mayoría? Pues ir contra esos cochinos que se dejan explotar... trabajando.
Cara de asombro ponen todos los que escuchan; el orador les ataca en las exclamaciones.
 —Lo dicho está dicho; si no hubiera quien trabajase, no habría explotadores; luego el que trabaja tié la culpa de que le estrujen... Yo, dicho sea con orgullo, no he arrimao el hombro pa ná en toa mi vida...
 EL CURIAL.—¿Y de qué come usted?
 OTRO.—De la sobra de los conventos y los cuarteles. Ustedes dirán al oirme que como lo que no es mío, y yo contestaré que están ustedes erraos. El que me contente con las sobras pué agradecerlo la sociedad... ¿Que no? Las sobras son, ni más ni menos, lo que el Estao manda hacer pa que yo y otros matemos el hambre y no vayamos á por otras cosas que se comen en otras mesas.
 UNO.—Según eso, ¿no las admities como caridá?
 OTRO (con desprecio).—¡Déjame tú á mí de carnestolendas! ¡Caridá? Dios la dé... A los perros les echan los huesos, no por caridá, sino porque no se agarren á las pantorrillas.
 EL SERENO (que no acaba de comprender la frescura del orador).—Según eso, yo, que trabajo, soy un primo...
 OTRO.—Completamente alumbrao, y con chuzo.
La reunión sonríe, el sereno se amosca y el guardia interviene conciliador.
 EL GUARDIA.—Deja que acabe el hombre. ¿No habíamos quedao en que la idea no dilinque? Pues déjale con su idea.
 EL SERENO.—Es que el capital, como el esfuerzo, tién un valor...
 OTRO.—No atropelle y óigame la autoridad nozturna: ¿qué vale un duro?
 UNO.—Cinco pesetas...
 OTRO.—Justito. ¿Qué vale el esfuerzo de un hombre? Lo que el duro crezca, ya sea en ladrillos, ya en madera, ya en papel de barba. ¿No? Pues si el duro es de usted, pongo por caso, y yo le he hecho valer dos, ¿qué me pertenece? Lo menos, en buena ley, la mitá; pero usted, que es un cochino patrón, me quiere dar cinco céntimos en vez de los diez reales que son míos, y yo, que soy el soberano de mi real voluntad, le digo á usted: ¡no trabajo; no quiero hacerle ca día más poderoso y desigente! Y así, el tío de las cinco del ala, que no trabaja ni sabe, se comerá el duro, irá por eso á la ruina, y yo, fincando de adelantao y de bolcheviqui, voy á la puerta de los cuarteles ó de los conventos y no tengo por qué sufrir por si llevo ó no llevo tarde al explimeli m o nes de la obra.
Aquel extraño razonamiento; aquella manera de verel

problema social, deja un tanto confusos á los oidores. En tanto, los tres golfos que han ido y venido constantemente, dejan el saco del carbón vacío del todo.
 Ya amanece.
 EL CURIAL (con calma).—Según esa teoría, la sociedad desaparecería.
 OTRO.—¿Y qué?
 EL CURIAL.—Que iremos al caos.
 OTRO.—¿Y qué?
 EL GUARDIA, en vista de que la estufa se apaga, busca carbón, pero sólo halla el saco. Jura el del sable de manera violenta, amenaza soez, y todos callan.
 OTRO.—Con permiso y sin ofender á la autoridad: el carbón que dicen le han robao, ¿era suyo?
 EL GUARDIA (confuso).—No.
 OTRO.—Entonces...
 EL GUARDIA.—El Ayuntamiento lo ha puesto bajo mi vigilancia; yo cobro por eso...
Sonríe el otro, y volviéndose á los que escuchan, continúa:
 —¿Ven ustedes? Lo de antes. Un carbonero que gana; un concejal que gana; un intermedio encargado del suministro, que gana, y uno que defiende la ganancia de los tres por dos céntimos mal pagaos...
La razón sella las bocas. Pasan unos minutos y se vuelve al tema, hablando de renovación ciudadana, de edificación social, de disolución capitalista; y cuando más sofocados discuten, se oye una voz:
 —¡Ahí va..., eh...!!
Un chorro de agua fluye abundante de la manga que enfila un gallego y viene á romperse junto á los discutidores.
Rápidamente se levantan todos y huyen hasta la acera.
 —¡Bandidos! (grita uno).
 —¡Canallas! (dice el curial, sacudiendo sus harapos; y «el otro» tiene ocasión para maldecir á los que estando abajo no tienen coraje para elevar su odio).
El agua arrojada despierta al borracho, que dice, chillador:
 —¡Tiranos del pueblo! ¡Aguadores! ¡Dios, que es devino, ya os castigará!
Y en tanto rien los de la manga, despierta el niño, que llora y dice:
 —¡Ay, madre! ¡Ay, madre!...

FERNANDO MORA

DIBUJOS DE ROBLEDANO



EL CIRCO Y LA PRIMAVERA



DIBUJO DE ECHEA

ENMUDECE la música en un momento de tremenda expectación. Desde lo alto de su trapecio volante, el gimnasta, erguido y sonriente, contempla á la multitud que, bajo él, le mira con ansiedad. Se siente asaeteado por mil pupilas; en su cuerpo armónico de atleta le parece sentir, como una ardiente oleada que le baña, el aliento cálido, cortado, de la muchedumbre suspensa.

El gimnasta lanza un grito gutural. Su cuerpo hiende el espacio como una flecha, describe una parábola inaudita, voltea ágilmente en el aire y, con las manos extendidas, saliendo disparado en la audaz tangente de la elipse por el mismo trazado, alcanza el trapecio fronterero... Un ¡ah! rotundo de admiración, de respiro, de los nervios que de tan tensos parecían irse á romper y ya se distienden, acoge la proeza. Y en seguida estalla la ovación unánime, clamorosa, consagrada.

El atleta, en pie en la pista, sonríe y saluda... Es la gloria circense, divinidad púgil, joven y fuerte, que le acaricia como á un favorito... Después, como un remanso en la emoción trágica, los payasos hacen sus cabriolas, los *clownes* dicen sus bufonadas, los *augustos* reciben sus bofetadas...

El público ríe y alborota contagiado de pueril alegría. El Circo aniña

los espíritus, los llena de la viveza, la gracia y la fuerza de su espectáculo.

¿Por qué el Circo es espectáculo más grato que ninguno en la Primavera?

¿Qué origen tiene esta madrileña tradición de hacer coincidir con la estación vernal la inauguración del Circo?

Es quizá porque en el Circo, en la graciosa y fuerte emoción circense, encontramos sintetizado ese impetu reformador, ese afán inquieto que se traduce en deseos de reír y de saltar que enciende en nuestra sangre la renovación primaveral de la Naturaleza.

La nueva savia se traduce en impulso optimista, en generosidad espiritual, en física tensión, en avidez de placer y de peligro.

Y todo eso, nuevo, inquieto, frívolo y ágil, lo encontramos en el Circo. Con la Primavera nos hacemos un poco más jóvenes y por eso estamos más compenetrados con la puerilidad del Circo. Es nuestra alma infantil que vuelve á nosotros.

Tanto, que á veces nos sentimos tan felices que de buena gana arrojaríamos á la pista nuestro corazón, como un juguete de niño, para que con él hicieran los payasos juegos de malabar.

LA FRIVOLIDAD DE LA OPERETA



He aquí a Asunción Lledó, la gentilísima tiple del Reina Victoria, *posando* ante el objetivo con la original indumentaria que viste en *El Príncipe Carnaval*. Esta linda mujercita, que ha sabido destacar su personalidad entre la pléyade de bellas damitas que alegran con sus frescas risas de cascabel el palco escénico del Reina Victoria, posee, como ninguna, el sentido de la elegancia, de la plasticidad y del arte.

FOTS. CAMPÚA

Es la opereta—beso y risa, mujer y canción—el género en que la señorita Frivolidad se muestra más pícara, más alegre y más cascabelera. Triunfa su alma galante y loca en los escenarios, entre el desbordamiento policromo y luminoso de las decoraciones; en la cadencia nostálgica y voluptuosa de la orquesta, y, sobre todo, en el espléndido cortejo de mujeres que ríen desde la escena, y que en la luz de sus ojos, la púrpura de sus bocas encendidas y la armonía de su cuerpo fragante, llevan prendidos mil corazones.

CAMPÚA

LA CAMPANA FÚNEBRE



*En la vieja torre dobla una campana,
y es su voz doliente, lúgubre y lejana,
preludio de un triste salmo funeral...
Véspero ha prendido su lágrima de oro,
y el mar es lo mismo que un laúd sonoro
bajo los celajes de un Cielo invernal...*

*Lentamente avanza la Noche en la sombra...
La tierra, dormida, parece una alfombra
tendida á las plantas radiosas de Ormuz...;
y, como en un lago de escarcha y de hielo,
la blanca Selene—pastora del Cielo—
riela en su carro de plata y de luz...*

*La corneja lanza su canto agorero;
titila en las sombras la luz de un lucero,
como una pupila que empieza á temblar;
el viento es un harpa eólica, y zumba*

*como una macabra rapsodia de tumba,
mientras la campana dobla sin cesar...*

*Dobla por los vivos; dobla por los muertos;
por los que llevamos los ojos abiertos
y muerta llevamos el alma también...;
por los que se mueren de hambre y de frío
y por los que vienen al mundo, ¡Dios mío!,
pöbres como el niño que nació en Belén...*

*Dobla por los malos, por los asesinos,
por los corazones de instintos felinos,
ahitos de sangre, de muerte y dolor...;
por los que sin Patria, sin Dios y sin leyes,
sueñan con cádalsos y testas de Reyes,
y lazos de sangre, de fuego y terror...*

*Dobla la campana; y es su voz, lejana
canción funeral...;*

*y el eterno horario
va marcando, en ritmos terribles de osario,
la hora fatal...*

*Dobla la campana; en los cementerios,
sus notas esparcen lúgubres salterios,
y van resonando, en la soledad,
como carcajadas de seres errantes,
tendidos al viento sus negros turbantes,
en el gran viaje á la Eternidad...*

*Señor: cuando doble por mi la campana,
si caigo, añorando á la Patria lejana,
en negra y horrible desesperación...,
¡aunque el mar me lleve, deshecho en pedazos,
quiero que mi España me acoja en sus brazos,
y haga un relicario con mi corazón!...*

DIBUJO DE LARRAVA

R. SANTA-CRUZ

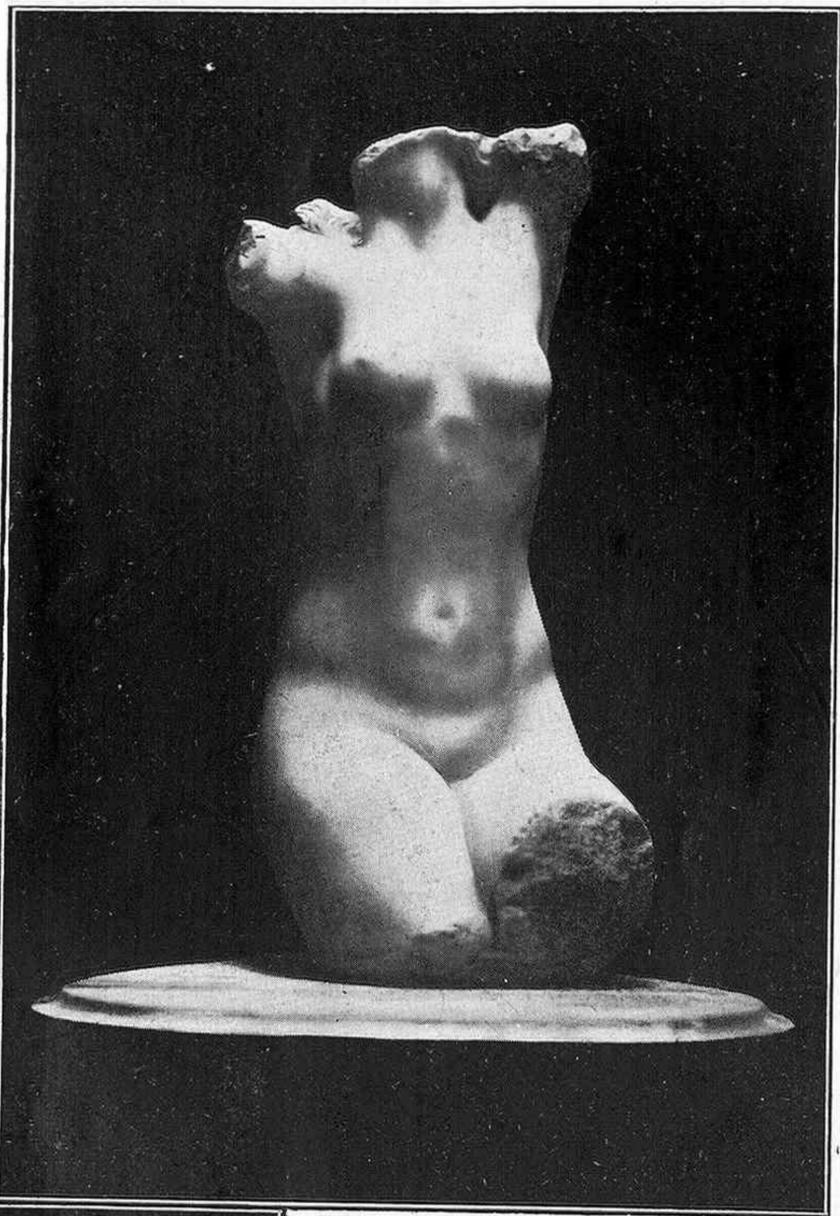
ESCULTORES ESPAÑOLES
VICENTE NAVARRO

En estos días rientes de Mayo, cuando toda Valencia es una florida exuberancia de vergel, se inaugura el monumento al maestro Giner.

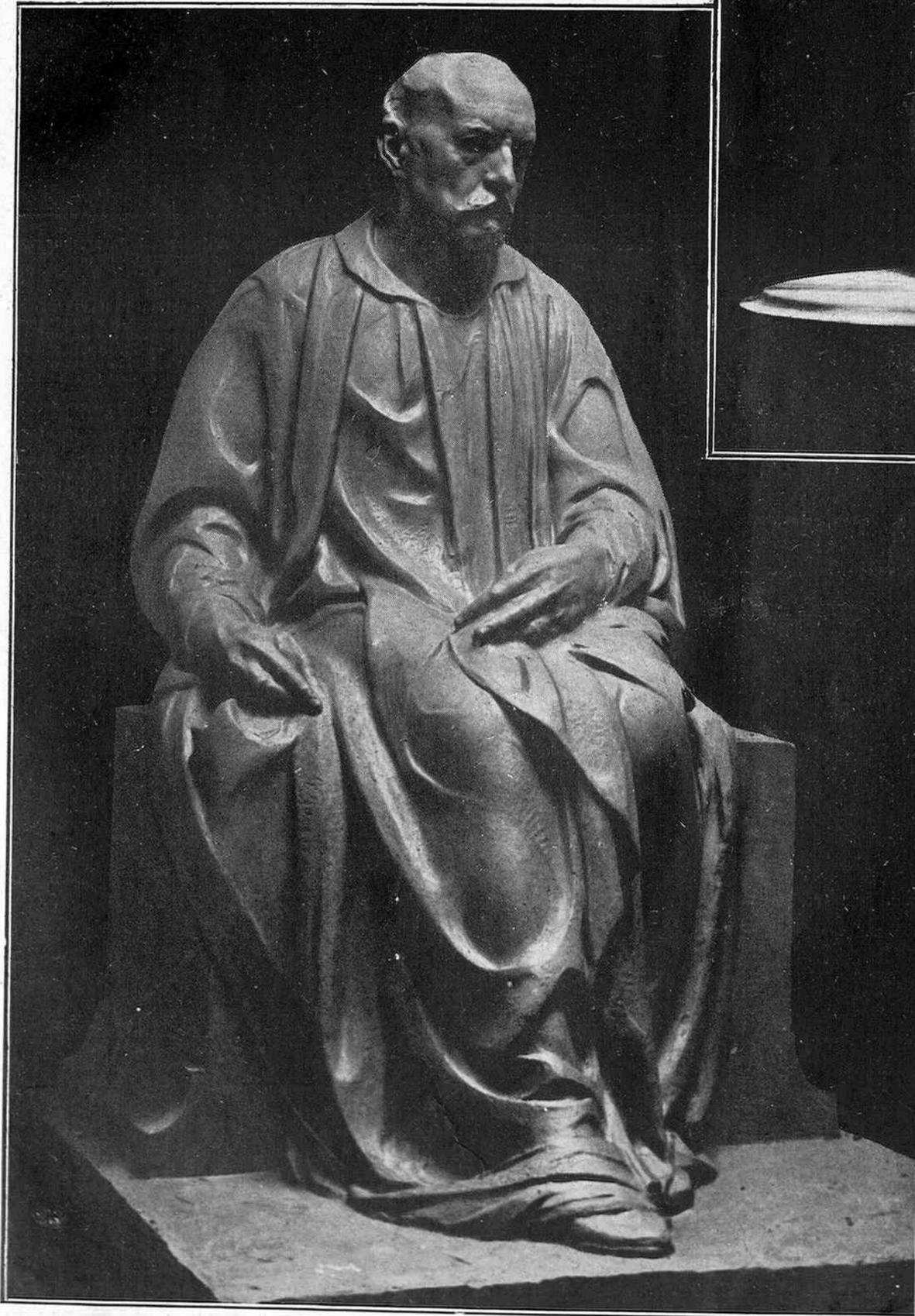
Valencia es tal vez la única ciudad española donde sus hijos verdaderamente ilustres van siendo glorificados en la piedra y el bronce, que fuera de Valencia se consideran como elementos de inmortalidad para los políticos. En Valencia no se hallan esas figuras de enlevitados grotescos que parecen pronunciar un discurso ó interrogar con la mano á la lluvia. Son figuras de poetas, de artistas, de hombres de ciencia. Los únicos que deben recordarse á las multitudes futuras. Y no las de estos mezquinetes personajillos de la fauna política española, que en la villa y corte y en otras ciudades ni siquiera se espera á su muerte para erigirles una estatua.

La figura de Giner, como la del pintor Pinazo, está resuelta de un modo noblemente clásico por Vicente Navarro. Hacen pensar una y otra en dos espíritus de selección, en dos iluminados por la lumbrada fulgurante del ideal. Y ambos tienen una actitud fraterna, y un rostro semejante, y una amplia indumentaria de ondulante elegancia.

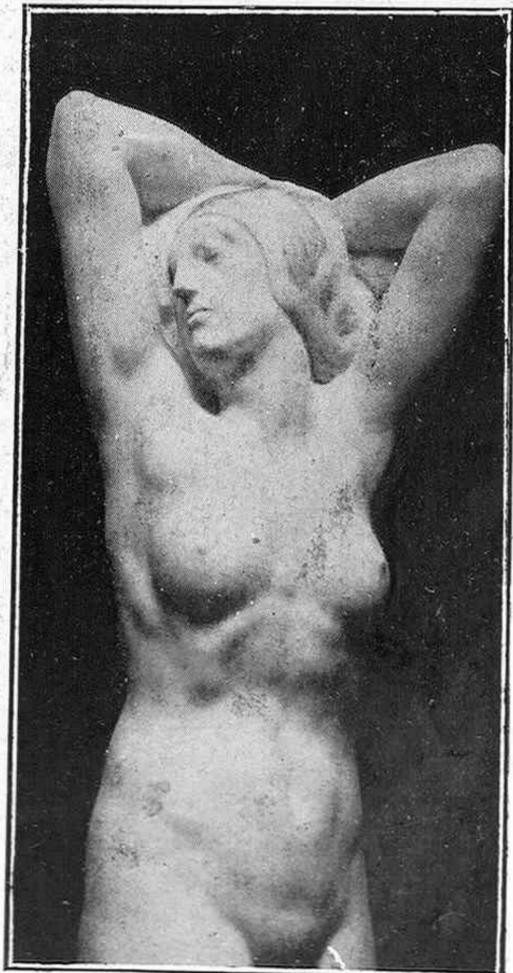
El monumento á Giner revela nuevamente el nombre de Vicente Navarro. El joven maestro es uno de los primeros escultores valencianos. A partir de su retorno á España, luego del período de pensionado en Roma, Vicente Navarro ha ido afirmando su personalidad con la doble seguridad de las recompensas oficiales y la estimación estética de la crítica.



Torso en mármol, que figuró en la Exposición de Londres



Estatua del popular músico valenciano Giner, para el monumento que se inaugurará en el mes actual

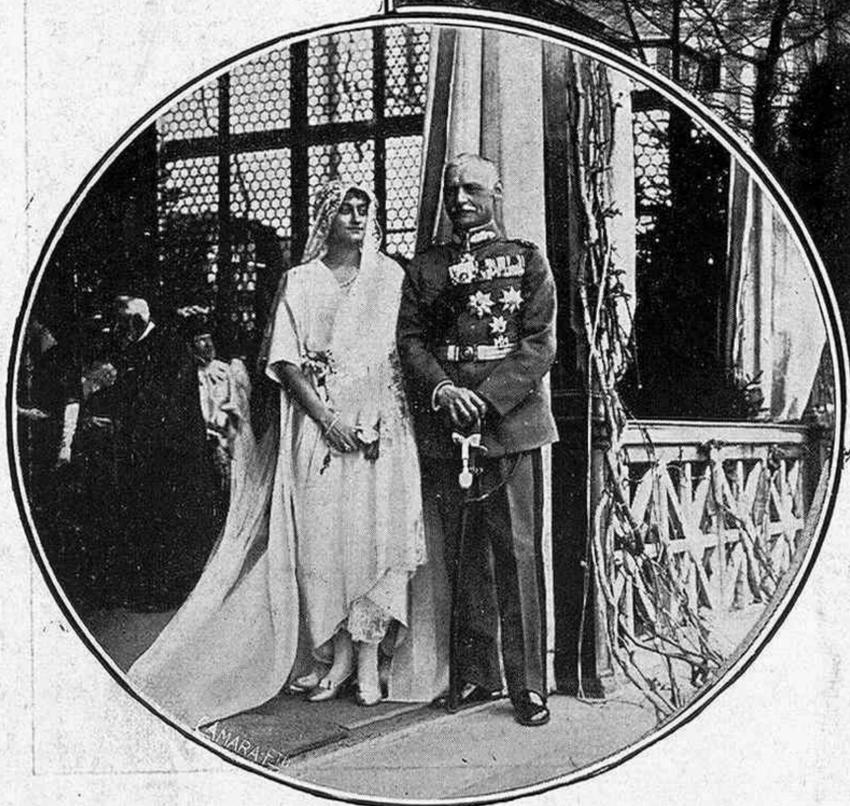


"La Aurora", estatua premiada con primera medalla, que se conserva en el Museo de Arte Moderno

BODA
DE
PRÍNCIPES
ALEMANES
EN
MUNICH



Palacio de Hohenburgo, en Baviera, donde nació la Princesa Antonieta de Luxemburgo, que ha contraído matrimonio con el ex Kronprinz Rupprecht



La Princesa Antonieta de Luxemburgo, hermana de la Gran Duquesa reinante, y su esposo el Príncipe Rupprecht de Baviera

Hace pocos días presencié Munich, la culta capital de la República de Baviera, una solemne fiesta familiar principesca. Celebróse, en efecto, con toda pompa y boato, que sin duda no dejarían de contrastar fuertemente con la situación económica actual del Reich, la boda de la Princesa Antonieta de Luxemburgo con el ex Kronprinz Rupprecht, general en jefe durante la guerra de uno de los cuerpos de ejército alemanes, y que hubo de señalarse por el rigor con que hizo aplicar las duras leyes marciales en las regiones invadidas. La Princesa Antonieta es hermana de la Gran Duquesa reinante de Luxemburgo y cuenta veintidós años de edad. Su esposo ha cumplido ya cincuenta y dos. Dió su bendición á los contrayentes el Nuncio de S. S. monseñor Pascelli, asistiendo á la ceremonia nupcial todo el Gotha germánico. En una de las presentes fotografías figuran, entre otros eminentes personajes del extinguido Imperio, el anciano Rey Luis III, padre del desposado, la Gran Duquesa de Luxemburgo, el Príncipe heredero de Sajonia, el Gran Duque y la Gran Duquesa de Baden y numerosos representantes de las casas reales de Wittelsbach y de Nassau, vistiendo muchos de ellos los brillantes uniformes de gala, condecorados de condecoraciones, que lucieran en las grandes fiestas de Corte celebradas en Potsdam y Berlin en tiempos más prósperos para las dinastías teutonas.



El Príncipe Rupprecht de Baviera, su esposa la Princesa Antonieta, el Rey Luis III, el Nuncio de S. S., la Gran Duquesa de Luxemburgo y los representantes de las Casas de Wittelsbach y de Nassau, que asistieron á la ceremonia nupcial celebrada recientemente en Munich

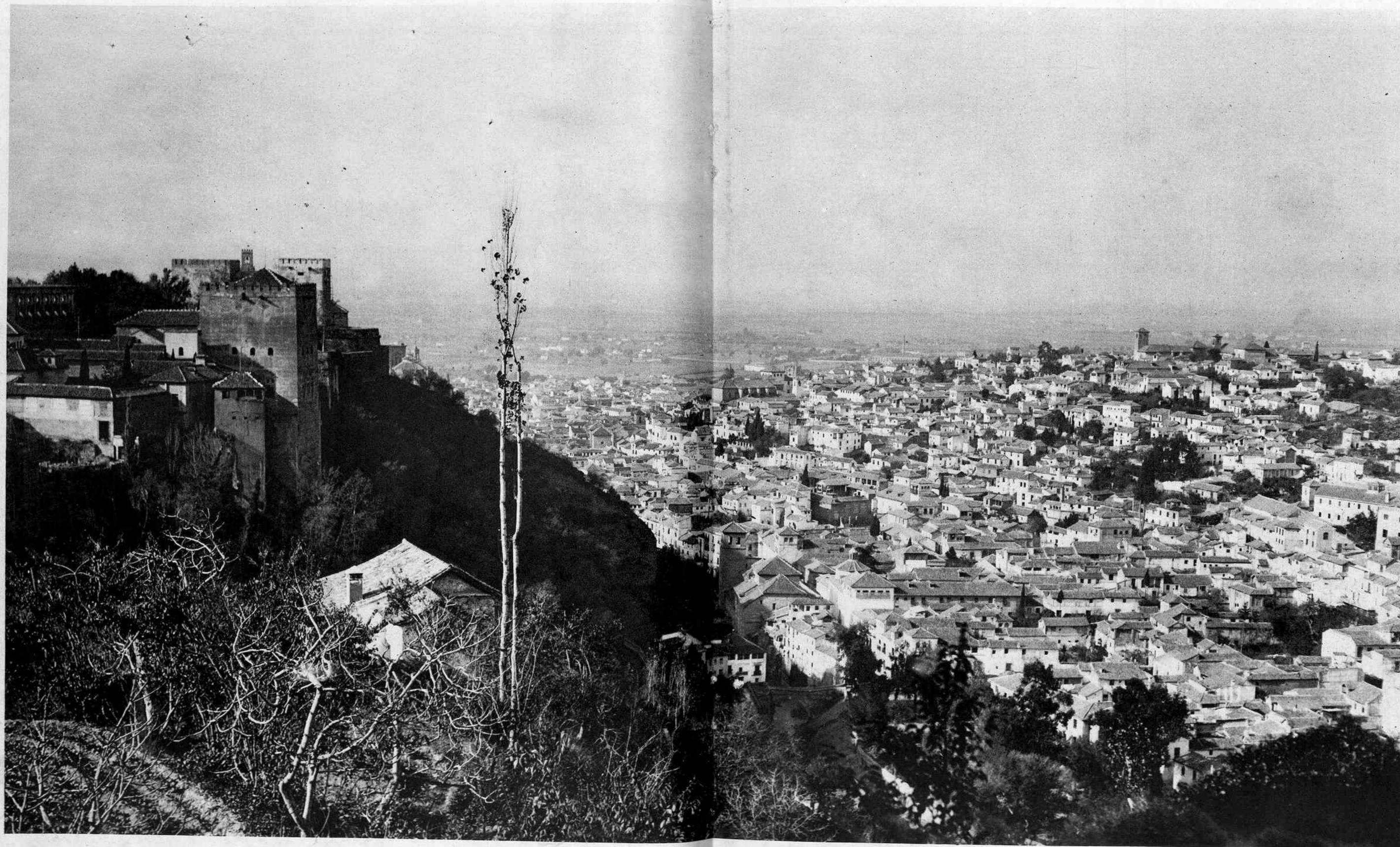
LA ESFERA

ARTE FOTOGRÁFICO



Granada. Patio de la Acequia, en el Generalife

FOT. CORTÉS



Granada.—Hermosa fotografía de la Alhambra y el Albaicín, vistos desde el Generalife, obtenida por nuestro compañero Miguel Cortés

LA ESFERA

ESPAÑA ARTÍSTICA



Córdoba.—La Puerta del Perdón, de la Mezquita

FOT. CORTÉS

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA
MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO



HOMBRE de constante juventud de espíritu y de diáfana conciencia tengo para mí que hubo de ser aquel insigne clérigo, cumbre del Parnaso español, que fué en el siglo D. Pedro Calderón de la Barca, cuando honró una de sus mejores comedias con el título que encabeza estas líneas.

En las escenas de la farsa juegan de continuo la mocedad, el buen humor y el ingenio, y los versos que la componen son lindos y frescos como las flores tempranas que se comienzan a abrir en estos meses del año.

El gran poeta, que fué en sus verdes años galán inquieto y devoto de la bulla; que tuvo siempre dispuestos el corazón para enamorarse, la liberalidad para hacer amigos y la espada para desembarazar el campo de su vida de importunos y adversarios, tuvo siempre el espíritu fresco y lozano el ingenio; así, pues, cuando compuso aquella comedia (tengo entendido que fué en el otoño de su vivir), supo darle toda la gentileza de su juventud.

Bien podía aromar su vida perpetuamente quien supo componer aquel maravilloso soneto a unas flores, del cual, por su incomparable belleza, quiero hacerte regalo, hermano lector:

«Estas que fueron pompa y alegría,
 despertando al albor de la mañana,
 á la tarde serán lástima vana
 durmiendo en brazos de la noche fría.

Ese matiz que al cielo desafía,
 iris listado de oro, nieve y grana,
 será escarmiento de la vida humana.
 ¡Tanto se aprende en término de un día!

A florecer las rosas madrugaron
 y para envejecerse florecieron;
 cuna y sepulcro en su botón hallaron.

Tales los hombres sus fortunas vieron.
 En un día nacieron y espiraron,
 que pasados los siglos, horas fueron.»

En estas gratas mañanas primaverales, el más dolido corazón y el más atormentado pensamiento gozan brisas de optimismo, pues no parece sino que la flor en el tallo y la hoja en la rama son promesas de bienaventura por ser galas y aderezos con que se rejuvenece la Tierra.

Quien tenga un pesar hondo, una preocupación intensa, en un momento que le dejen de sosiego, salga al campo una de estas mañanas y advertirá cómo la claridad del sol le ilumina las celdillas oscuras del pensamiento; cómo el aroma del campo en floración se le entra en los sentidos, y el ruido del agua limpia y clara al correr en las fuentes ó al deslizarse en los regatos parece que limpia la fiebre de las pesadumbres.

Pocos días hace, aún estaban desnudas las ramas de los árboles, terrosos los sembrados y los tallos sin barruntos de flor. Los pájaros buscaban en los caminos enlodados las migajas caídas y los granos podridos que empujó el viento desde quien sabe dónde. El viento zumbaba iracundo, y la lluvia empapaba la tierra; de pronto, en el transecurso de unas horas, todo ha cambiado con la rapidez con que se cambia la decoración de una comedia.

Arboles, jardines y pájaros se han desentumecido y cantan el himno á la vida. El hombre, que por ley natural es más imperfecto, se ale-

gra, no por instinto, como los irracionales, sino porque ve á éstos despertarse con el desprezo de la Naturaleza.

Yo comprendo muy bien que los pueblos gentílicos de la antigüedad celebraran intensamente el imperio del Sol, la recolección de las mieses y la vendimia de las vides, porque era prestar devoción á la tierra ópima y al sol que la fecunda. Adorar los frutos de los huertos y las rosas de los vergeles no me parece digno de ser ridiculizado como lo fué por la epigramática musa de Marcial, cuando dice:

«Oh, piadosas gentes! Hasta en sus huertos los nacían dioses...»

Las romerías y fiestas que con puntas y collares de católicas nos quedaran, como eran antaño *Santiago el Verde*, *La Cruz de Mayo* y las *Flores de María*, y ahora las de San Antonio, San Isidro, San Juan, San Pedro y la Paloma, en Madrid, ¿qué son si no resabios de aquellas jirás paganas, celebradas en redor de los tiempos de Diana, Ceres, Venus y demás bienaventurados del Olimpo?

Acaso esta proposición pueda parecer demasiado herética; pero miren si hay entre todos quien sea atrevido á tirarme la primera piedra, si en uno de estos espléndidos domingos de Abril y Mayo, al disponerse á salir á cumplir sus obligaciones devotas, no se regodea con las caricias de Febo y los aromas del aire antes de entrar en la iglesia, donde le espera Dios con los brazos abiertos...

DIEGO SAN JOSÉ

FOT. SALAZAR

LA MODA FEMENINA

Con el mes de Mayo, y con la misma grata persistencia que las flores en los parterres, reaparecen las mujeres gráciles, las mujeres-capullos, las mujeres de talle quebradizo y hombros suavemente caídos y cabecitas nimbadas de luz y ojos llenos de seductoras promesas. Como bandadas de pájaros de gayo plumaje, inundan las calles cientos de chiquillas ataviadas con telas livianas de colores vibrantes, en tanto los paseos se animan con la presencia de otras más chiquititas, de vestidillos huecos y pomposos que son como pétalos que el viento hubiera arrancado del blanco corazón de una rosa.

Formando lindo contraste con esa extrema juventud, pasan las mujeres en plena florecencia, las de rítmico paso y altivo ademán, para las que laboran con incansable ilusión los creadores de belleza.

La moda sigue siendo la misma que en temporadas anteriores, en cuanto á línea. No en vano halló la mujer una expresión perfecta del indumento en el traje enterizo, que espiritualiza el tipo y hace más esbelta la silueta, y con el que pueden lograrse efectos diversos mediante la aplicación de pliegues, de tunicas, de volantes y *panneaux*.

«Puesto que la forma que nos da la moda actual es perfecta—ha dicho un gran artista del indumento—, ¿para qué cambiarla? Procuremos únicamente hacerla cada vez más bella.»



Un cinturón, mejor dicho, una faja y unos "panneaux" cortados en pico bastan á alterar la línea de este traje de tarde



La capa se lleva muy grande, y la parte de arriba, muy ajustada á los hombros, va profusamente bordada...

Y en efecto, todos los *couturiers* se dedican con ansias de *dilettante* á la busca de un tejido ó de un detalle exquisito, que pueda ser motivo para una novedad. La manera de colocar un *panneau*, la combinación de tonos contrastantes, el hallazgo de un nuevo bordado ó el empleo de algún metal ó piedra no utilizados aún para tal objeto, son las cosas que hoy por hoy pueden acrecentar la fama de un artista del traje.

Estamos en pleno período de exquisitez y refinamiento, y dentro de dicha limitación admítase todo. Las faldas estrechas ó amplias, cortas ó largas. Los cuellos altos ó bajos y el talle como más convenga á la silueta; pero, ¡ay de aquella que no sepa elegir con certero instinto y de entre los mil tejidos que se la ofrecen aquel que realmente puede servirle á ella!...

Tú, diminuta muñeca, que suspiras por las telas pomposas bordadas ó estampadas en grandes diseños, que tan bien sientan á la mujer de proporciones más generosas, ¿acaso no se inventaron para tí esas deliciosas, esas adorables *Broderies Floconna* de diseño muy pequeño, que se destacan suavemente sobre un fondo de crespón de algodón de igual tono que el bordado? No te inquietes tampoco por las telas á cuadros, que tan de moda están, y á las que á capricho atraviesan lí-

neas bordadas de lana negra. En cambio los trajecillos de tul lavable fueron ideados para tí. Si eres morena, elige el de tul blanco; si eres rubia, el negro, y mándalo confeccionar con una falda muy *bouffante* y un corpiño año treinta. Luego, para evitar la monotonía de la entonación, puedes adquirir unas caídas de tisú ó de seda brochada, ó uno de esos lindos cinturones formados con piedras del Rhin. Si lo que buscas es un traje de baile, nada más apropiado á tu tipo que el tejido llamado *souffle de soie*, con el que se hace un á modo de sobrefalda muy amplia, colocada sobre otra falda estrecha de encaje blanco. El corpiño, ajustado al talle, no lleva mangas, y el escote en forma de V alarga la silueta. Caso de que el tejido elegido sea de un tono desmayado, puedes mandar colocar un pequeño y apretado ramo de capullos de rosa en la línea del talle y otro en la enagua.

En cuanto á abrigos, la capa sigue siendo la prenda ideal, sobre todo en esta época del año.

En los sombreros tampoco se advierte una gran novedad por lo que á la forma se refiere; en cambio los tejidos empleados son cada vez más lindos y de una gran variedad.

Están pasando un poco de moda los collares de cuentas grandes, y parece ser que se inicia una grata tendencia á favor de las joyas de moderado tamaño.

ISABEL O. DE PALENCIA



La manga corta y el cuello alto. He aquí un contraste que se ve mucho en los trajes más sencillos de paseo ó viaje

NOCTURNO FANTÁSTICO
CONCILIÁBULO DE LOS PECADOS CAPITALES



Las doce de una noche negrísima. En lo alto de una Catedral. Los monstruos de piedra se animan y avanzan cautelosos; cada uno de ellos es un pecado mortal.

EL PAVO CON ALAS DE ÁGUILA.—Como siempre, llegué el primero... Por algo fui yo el primero que pecó contra el Creador... Soy la puntualidad en el Mal, la que nunca falta a los humanos...

EL PERRO.—Por algo el artista que construyó esta Catedral puso tu espíritu en la piedra para simbolizar la Soberbia...

EL PAVO.—Y el tuyo para simbolizar la Envidia...

EL PERRO.—No me ofendes con ello. Todo el Mal y todo el Bien de la Tierra se me deben a mí: a la Envidia. Sin mí, nadie aspiraría a mejorar el mundo; sin mí, nadie desearía perderlo. Los hombres vivirían en una paz de muerte. Yo les doy la intranquilidad de la ambición. Yo soy el Bien y el Mal...

EL CAMELLO CON CUERNOS.—Voy, pues, a advertir a los que gustan de encender una vela a Dios y otra al diablo, que te enciendan una sola a ti, y hallarán en ello, entre otras ventajas, la de la Economía...

EL LOBO.—¡Calla, enhoramala, Avaricia, y deja que la Humanidad encienda todas las velas que quiera y aun se encienda a sí misma y se abraze y nos abraze a nosotros con todos los mundos que ruedan por el espacio infinito! Eres el más estúpido de los pecados...

EL MACHO CABRÍO.—Por eso la Humanidad le hace cada vez menos caso. Su poder ha declinado tanto, que hay que tenerle lástima. ¿Quién peca hoy por Avaricia? Nadie. Los que gobiernan pue-

blos, como los que gobiernan solamente su propia alma, ya no piensan en atesorar, sino, al contrario, en despilfarrar...

EL PAVO.—Eso es obra mía: pueblos y hombres no piensan sino en ser ó aparentar más que el resto de la Humanidad... En gozar, sobre todo, humillando a los demás. Es obra mía: de la Soberbia...

EL PERRO.—No. Mía: de la Envidia.

EL LOBO.—No. Mía: de la Ira, del odio al semejante. Por algo el artista simbolizó en mí la Crueldad. Y ¿hay crueldad más refinada que gozar a costa del sufrimiento ajeno?

EL CAMELLO.—Sea obra de quien fuere, lo cierto es que en vez de colaborar todos en una misma obra, hay ya, según confesión vuestra, entre vosotros quien me mina mi labor...

EL PAVO.—Por eso os he convocado a todos a este conciliábulo: para evitar que nos hagamos mal tercio unos a otros. Y eso se evitaría si entre nosotros hubiese una dirección única.

EL PERRO.—Sobre todo, confiándotela a ti. ¿Verdad?

EL PAVO.—Hermana Envidia: no eres tú quien ha de conferirla, aunque tú, bien a tu pesar, eres el ascensor de muchos triunfadores...

EL LOBO.—Conforme con la dirección única; pero la merezco yo: la Ira, la Crueldad. He desatado la guerra más mortífera que se ha conocido; he habituado a los hombres a odiarse de tal modo, que siguen matándose sin piedad como antes de la guerra... Me apodero hasta de los corazones más sufridos; hoy mismo he hecho que una madre estrellara a su hijo, tierna criatura, contra la pared, por no poder sufrir su llanto...

EL MACHO CABRÍO.—El mando debe ser mío: de

la Lujuria... Mirad las modas... Reflejan toda la sensualidad del momento actual... Jamás dominé yo tanto en el mundo... Hasta el extremo de que todos vosotros si algún poder tenéis sobre los humanos es porque son míos: nada se deja dominar tan pronto de todos los demás pecados como el alma poseída de la Lujuria. Nada hay tan cerca de la Lujuria como la Crueldad...

LA QUIMERA CON PICO DE CIGÜEÑA.—Yo, la Gula, estoy sobre ti: no verás que ningún ser malcomido se deje dominar por ti... Recuerda que los anacoretas eran mis peores enemigos, por huir de ti...

LA PEREZA. (Desde muy lejos con voz somnolienta.)—¡Pecados hermanooos!... No he podido acudir, porque... ¡estoy rendida de tanto trabajar!... (Carcajada general.) No-riais... Hoy soy la dueña del mundo. ¡La Pereza!... ¡Ved si no el grito de la Humanidad: trabajar menos cada día!... Y por eso, porque me he infiltrado en todos los corazones, porque los domino, se dejan dominar de todos vosotros...

EL CAMELLO.—Luego, me reprocharéis mi avaricia; pero visto que es imposible el acuerdo entre nosotros, ¿no os parece que debemos ahorrar tiempo y palabras é irnos cada cual por su lado y a su avío?... Ya lo véis: la Pereza manda en el mundo; el mundo ya no es nuestro...

LA SOBERBIA.—Nunca lo fué más. ¿No oiste decir de alguien: «Trabaja más que un ladrón»? Quiere decir eso que nadie pasa más trabajos que quien no quiere trabajar... Y quien por trabajos pasa, más cerca está de nosotros que de quien nos creó a todos...

E. GONZÁLEZ FIOLE

DIBUJO DE CASTRO GIL

BIBLIOTECA MADRID
 MADRID

LOS BURGUESUITOS



EL PADRE, sesenta años.

LA MADRE, cincuenta y cinco.

A las cuatro de la mañana, en invierno.—En un piso del paseo de Recoletos.—En el dormitorio del padre.

EL PADRE (que se incorpora en la cama porque ha oído que llamaban en su puerta).—¿Qué? ¿Quién es? ¿Qué pasa?

LA MADRE (á media voz, desde fuera).—Soy yo. Soy yo.

EL PADRE (que continúa en la cama).—Pero, ¿eres tú? (Se levanta, enciende y abre la puerta, que tiene el pestillo echado).—¿Estás mala?

LA MADRE (con bata, los pies desnudos en unas chinelas).—No, no.

EL PADRE (en camisa, con gorro de dormir).—Pues, ¿qué pasa? ¿Hay ladrones? ¿Es que has oído ruidos?

LA MADRE.—No; nada de eso. No quisiera haberte despertado; pero, figúrate... ¡No ha venido todavía!

EL PADRE.—Pues ¿qué hora es?

LA MADRE.—Acaban de dar las cuatro.

EL PADRE.—¿Es posible? ¡Las cuatro, y aún...!

LA MADRE.—Vengo de su cuarto. La cama está intacta. Desde la una estoy dando vueltas, desazonada, sin poder pegar los ojos...

EL PADRE.—¡Pobrecita mía! No te inquietes. No le habrá pasado nada. ¡Cálmate!

LA MADRE.—Estaba tan intranquila, que he tenido que venir á despertarte. Pero, acuéstate; vas á coger frío.

EL PADRE (acostándose en la cama).—Habrá que meter en cintura á ese mocito. Esto ya pasa de castaño oscuro.

LA MADRE.—Le impondremos un correctivo; no hay que dejarle seguir por ese camino de perdición.

EL PADRE.—No sé qué partido tomar; pero algo hay que hacer. Ya veremos... En quince días son tres noches...

LA MADRE.—Sí; pero nunca ha venido tan tarde.

EL PADRE.—Es demasiado cinismo.

LA MADRE.—¿Si comprendiese la inquietud, el sufrimiento que nos hace pasar!...

EL PADRE.—¿No; si no es solamente eso! A mí no me intranquiliza; es que...

LA MADRE.—¿No crees que le puede haber ocurrido algo malo?

EL PADRE.—¿No, mujer, no!

LA MADRE.—A estas horas las calles están tan solitarias, que pueden darle un atraco. El otro día contaba *El Sol* que...

EL PADRE.—No le estaría mal empleada una paliza como escarmiento y que le robasen el abrigo. Eso quizá le quitaría, por una temporada, las ganas de trasnochar. ¡Habrás visto!...

LA MADRE (escuchando).—Chist; calla. Me parece haber oído...

EL PADRE.—¿Sí, sí! Puedes estar tranquila. Ya, á la hora que es, no vendrá hasta que abran el portal, por temor á haber perdido el sereno. ¡Son muy cerca de las cinco! ¡Con lo buenos que somos para él! Un muchacho al que no se niega nada; que si escopeta de caza, que si *molo*...

LA MADRE.—Sí; somos muy buenos para él; demasiado buenos.

EL PADRE.—En lo sucesivo hay que cambiar de manera de tratarlo; ya debemos escarmentar en vista de su comportamiento; porque si trabajase, aunque se divertiera é hiciera alguna calaverada propia de su edad, habría que hacer la vista gorda. Si pudiera contestar cuando se le regañase: «Sí; es verdad; anoche he venido de madrugada...; pero, en cambio, soy el primero en clase. Pregúntenme ustedes... Código civil, código penal, Derecho romano... Me sé todas las asignaturas de cabo a rabo; pídanle informes á los maestros.» Pero, desgraciadamente, no hay nada de eso; nuestro hijo es un holgazán. ¡Quieres cerrar la puerta? Entra un frío de todos los diablos. (La madre la cierra.) ¡Gracias! Ayer, sin ir más lejos, recibí una carta de Bernáldez, el director de la Academia... Ya te la enseñaré.

LA MADRE.—No me habías dicho nada de ello.

EL PADRE.—Para no darte ese disgusto.

LA MADRE.—¿Está descontento del chico?

EL PADRE.—¿Disgustadísimo! Dice que si no fuese por consideración personal á mí, ya le habría expulsado de la Academia.

LA MADRE.—¿Qué enormidad!

EL PADRE.—Como lo oyes. Ya verás la carta. Que es el último en todas las clases y el que más se hace notar por su mala conducta y falta de asistencia.

LA MADRE.—Si no fuese tan listo, podría tener disculpa.

EL PADRE.—Cuando va, llega tarde; siempre tarde. No toma notas de la explicación... Se entretiene en dibujar monigotes, en leer novelas ó en enredar con los otros; eso, cuando va; que la mitad de los días falta á clase..., y mientras tanto nosotros pagando Academia, clases particulares, matriculas... y satisfaciendo todos sus caprichos...

LA MADRE.—No hay duda: este año le suspenden también.

EL PADRE.—Eso, por de contado.

LA MADRE.—¿Qué desgracia y qué vergüenza! ¡Si tuviese un poco de amor propio!...

EL PADRE.—O de dignidad ó de corazón... ¡Pero, nada!... Es mi preocupación constante: qué hacer con ese chico, que no quiere ser un hombre de bien. ¿Hacerle sentar plaza, sin pagarle la cuota? ¿Embarcarlo como grumete en cualquier velero y que luche él solo, allá lejos, cara á la vida?

LA MADRE (mirando el reloj).—¿Las cinco! ¿Dónde estará? ¿Le habrá pasado algo? ¡Ay, Dios mío!

EL PADRE.—No te alarmes; no le habrá acaecido nada... Estará con alguna...

LA MADRE.—¿Quiera Dios que no coja frío al venir por esas calles! Di: ¿crees tú que tomará un simón? ¿Habrá simones á estas horas? Di. Tiemblo por su salud. El, tan delicado... Con el trabajo y los desvelos que nos ha costado sacarlo adelante desde pequeñín... ¿Te acuerdas? Después de la primera Comunión, su anemia, los vértigos que le daban, lo enfermizo que ha sido siempre... Una vez me dijiste: «No sé si lograremos ver a este chico hecho un hombre; muy delicaducho es.»

EL PADRE.—Ahí tienes su gratitud. ¿Adónde te dijo anoche que iba?

LA MADRE.—Me dijo que iba con amigos, sin precisar el lugar.

EL PADRE.—Se cree que nos chupamos el dedo. ¿Como si no hubiese yo sido cocinero antes que fraile!

LA MADRE.—No supone que estoy al corriente de todas sus cosas.

EL PADRE.—¿Qué es lo que sabes? ¿Por qué no me has dicho antes nada? ¿Cómo te has enterado?

LA MADRE.—Me enteré por una casualidad; y no te he dicho nada por no disgustarte; bastantes quebraderos de cabeza y preocupaciones tienes para que yo vaya á procurarte un disgusto más.

EL PADRE.—No serías tú la que me disgustase, sino él. Pero, cuéntame en seguida.

LA MADRE.—Verás: la semana pasada, ¿te acuerdas que volvió de la escalera, inmediatamente de haber salido, muy precipitadamente?...

EL PADRE.—Sí, muy agitado, y pretextando haber olvidado el pañuelo...

LA MADRE.—Pues es que se le había caído una carta en el gabinete...

EL PADRE.—¿Carta que tú has encontrado?

LA MADRE.—Sí.

EL PADRE.—¿La tienes?

LA MADRE.—Sí; en la cómoda.

EL PADRE.—¿Qué dice? ¿De quién es?

LA MADRE.—Ya la verás; te la enseñaré.

EL PADRE.—Irás á buscarla en seguida; pero sigue, dime...

LA MADRE.—La he leído varias veces; la he devorado... Figúrate mi emoción. Después, como quería saberlo todo, probando todas las llaves que hay en casa, conseguí abrir el cajón de su mesita... (Observando que el padre hace gestos de desaprobación.) ¿No me vas á reñir, verdad?

EL PADRE.—Termina pronto.

LA MADRE.—Y me he enterado de todo. ¿Te enfadas?

EL PADRE.—No me enfado; pero ya sabes que esos son procederes que no me gustan. Probar las llaves es como levantar los lacres de una carta... Si me hubieses consultado antes...

LA MADRE.—Pero, ¿cómo! ¿Yo, que soy su madre?...

EL PADRE.—No, no tienes razón; ya hablaremos de eso más reposadamente. Ahora, continúa. ¿Qué has encontrado en su mueble?

LA MADRE.—Dos ó tres cartas más...

EL PADRE.—Cartas que has leído...

LA MADRE.—Sí, hombre, sí.

EL PADRE.—Está bien. No te recrimino; no hago más que preguntar. ¿Y además?

LA MADRE.—Una cinta azul, un par de guantes de Suecia, un pañuelo bordado con una M—un pañuelo muy basto, no vayas á creer...—y no sé qué otra cosa más... ¡Ah, sí! Un mechón de pelos rubio, oxigenado...

EL PADRE.—¿Nada más?

LA MADRE.—¿Te parece que no es bastante?

EL PADRE.—Como prueba, sí.

LA MADRE.—¿Cómo me iba yo á suponer una desgracia así!...

EL PADRE.—Pues ya te lo había yo dicho más de cuarenta veces. Hay que estar prevenidos; son cosas naturales en los muchachos á esta edad. Los matrimonios que no tienen hijos no conocen esta felicidad.

LA MADRE.—¿Quién sabe? También es muy triste esto. Cuando se llega á viejo...

EL PADRE.—Cuando se llega á viejo es un consuelo muy grande el tener hijos que le den á uno estos disgustos, pero este nuestro bien podría evitarnoslos; no se le pide más sino que se haga un hombre de provecho en el camino y la carrera que él mismo ha elegido. En lugar de eso, pierde el tiempo coleccionando cartas de amor, cintas de seda y guantes de Suecia, y—lo que es más grave—faltando por las noches de su casa. Hay para encerrarlo en un Correccional.

LA MADRE.—Cálmate. Trata de dormirte: son más de las cinco.

EL PADRE.—Vete á buscarme esa carta.

LA MADRE.—Voy; voy. (Sale hablando sola.) ¡Ese demonio de chico!

EL PADRE (reflexiona; coge su reloj, que está encima de la mesilla de noche, y le da cuerda. Una sonrisa vaga se dibuja en sus labios).—¡Ese demonio de chico, por lo visto, tiene partido! (Suspira y deja de nuevo el reloj en su sitio.)

LA MADRE (entrando con un papel en la mano).—Aquí lo tienes.

EL PADRE.—Vamos á ver. (Lee.) «Mi querido Lalo»...

LA MADRE.—Le llama como nosotros.

EL PADRE.—«Espero tener mañana la dicha de verte, según convinimos, á las tres...» (Interrumpiéndose.) ¡Eso es, á las tres, á la hora de clase! «Tengo una impaciencia loca de tenerte otra vez á mi lado y de mirarme en tus ojos. Creo que me voy á morir de alegría y de éxtasis pronunciando tu nombre—¡Lalo, Lalo!—que es lo que más me gusta en el mundo.»

LA MADRE (sentenciosa).—¡Se trata de una histórica!

EL PADRE.—No te alarmes; debe ser alguna modistilla de las que leen novelas.

LA MADRE.—No sigas leyendo alto; te lo suplico. Le dice cosas que deben ser enormes, terribles... A mi edad no las he comprendido. ¿Qué quiere decir eso?

EL PADRE.—Nada, excentricidades. (Devuelve la carta.) Está bien.

LA MADRE.—No me extraña que se caiga de sueño por las mañanas, cuando le despierto.

EL PADRE.—¿Tiene una cara de perros desde hace algún tiempo!...

LA MADRE.—Va á caer enfermo. Oye: y á esas mujeres, ¿no se les puede hacer nada?... Por tu amigo León, que conoce al director de Seguridad...

EL PADRE.—No, mujer; no digas tonterías.

LA MADRE.—¿Qué quieres! Yo busco por todos los medios...

EL PADRE.—Sí, lo comprendo; pero ante todo hay que ser prácticos.

LA MADRE.—Entonces, ¿qué? (Mira al reloj.) Las seis menos cuarto. ¿Ves? ¿Qué pensarán los porteros! Empiezo á desesperarme. ¡Con tal de que no le haya ocurrido ninguna desgracia!...

EL PADRE.—No te alarmes. Por muy tarde que venga, siempre será muy temprano...

LA MADRE.—En fin..., tú, en otros tiempos..., antes de nuestra boda..., te habrás divertido, probablemente. Los jóvenes ya se sabe lo que son. Pero nunca, ¿verdad?, volverías tan tarde. ¿Verdad?

EL PADRE.—Alguna vez..., allá de Pascuas á Ramos... Casi nunca... Pero yo, en cambio, trabajaba enormemente; tenía que hacer mi porvenir, abrirme un camino. Estaba solo, en una modestísima casa de huéspedes, en la calle de la Salud, y mis pobres padres, allá en la obscura capital, se sacrificaban para poderme enviar todos los meses veinticinco duros. Yo quería ser ingeniero, y lo conseguí. Si hubiera hecho como nuestro hijo, no viviríamos hoy en un cuarto de diez mil pesetas. ¡Ah! ¡Es muy cómodo vivir así, venir al mundo y encontrárselo todo hecho! Esto tiene que cambiar. Le voy a cerrar la bolsa.

LA MADRE.—¿Y si hace deudas?

EL PADRE.—Lo pongo en la puerta de la calle inmediatamente. ¡Ah! ¡Eso, no!

LA MADRE.—¿Y qué sería entonces del pobre chico!

EL PADRE.—Que se arregle como pueda. Haría lo que yo: trabajaría. Yo he comido en la taberna de Prócuro por setenta y cinco céntimos, y no una sola vez, sino muchas; hoy, á pesar del tiempo que hace de esto, podría ir á ella con los ojos cerrados. Y algún día también me quedaré sin comer. ¡Ah! ¡Eso da energía para la lucha por la vida! Este chico no conoce más que Maxim's. No sabe apreciar lo que tiene.

LA MADRE.—Bien sé lo que has trabajado siempre; pero todo el mundo no tiene tus condiciones, tu energía, tu voluntad. Opino que Lalo necesita un correctivo, pero tampoco hay que extremar...

EL PADRE.—Esto sí que está bien; ahora, tú misma le excusas. Pues te aseguro que esto no puede pasar así. Ya sabes que tenía intención de regalarle para las vacaciones un caballo de silla; pues que lo aguarde sentado.

LA MADRE.—A no ser que se ponga en un terreno tan razonable...

EL PADRE.—Eres la debilidad misma. Anda, vete á acostar; no hacemos más que charlar, y estaríamos mejor durmiendo. En cuanto á Lalo, le tengo reservada una sorpresa para cuando nos sentemos á la mesa...

LA MADRE.—(Imponiendo silencio).—¡Chist! Calla; creo que ya llega. He sentido ruido. Es él.

EL PADRE.—Ya es hora. Más de las seis.

LA MADRE.—¿Se me ha quitado un peso de encima!

EL PADRE.—Bueno; ahora que estás más tranquila, vete á tu cama. Me duele la cabeza bárbaramente.

LA MADRE.—Me voy, puesto que me echas... (Falso mutis.) Di: si entro en su cuarto...

EL PADRE.—¿Para qué?

LA MADRE.—No te enfades; es que hubiera querido ver...

EL PADRE.—Ver, ¿qué? ¡Vaya unas ocurrencias!

LA MADRE.—Ver la cara que tiene cuando viene de ver á esa mujer... Ver si no está muy cambiado...

EL PADRE.—Sé razonable. Adiós. Apaga la luz.

LA MADRE.—Cuanto más pienso en esto, ¿sabes?, más me afirmo en la idea de que convendría que mañana, cuando le veamos, no nos diésemos por enterados...

EL PADRE.—Ya hablaremos de eso más tarde; ahora, déjame dormir. Ya es de día.

LA MADRE.—Me voy, me voy. (Se marcha muy despacito, andando sobre a punta de los pies.)



LOS TRES HÚSARES

(VIEJA CANCIÓN GALA)



Los tres húsares de la guardia
iban de regreso á su hogar,
azuzaban á sus corceles
y no dejaban de cantar.

Les aguardan sus tres amantes.
—Margarita me esperará.
—Magdalena todas las noches
sueña conmigo junto al lav.

—Blanca, á la iglesia de la aldea
velas rizadas llevará,
y con hilos de plata y oro
una banda me bordará.

Dieron un hombre en el camino.
—Es Juan, el campanero.

¡Eh, Juan!
¿Qué nuevas hay en nuestra aldea?
Juan respondió: —Todo está igual.

—¿Y Margarita la morena?
—Nadie ha de verla nunca más;
en el claustro de Santa Clara
es ya una flor conventual.

—¿Y de Magdalena, la rubia?
—Yo toqué en su día nupcial,
y por su primer hijo, mañana
las campanitas tocarán.

—¿Y Blanca, el amor de mi vida?
—Bajo las flores duerme ya;
yo toqué á muerto la mañana
que la llevaron á enterrar.

—Campanero, di á Margarita,
allá en su jardín monacal,
que hay otras mozas en la aldea
y pronto me pienso casar.

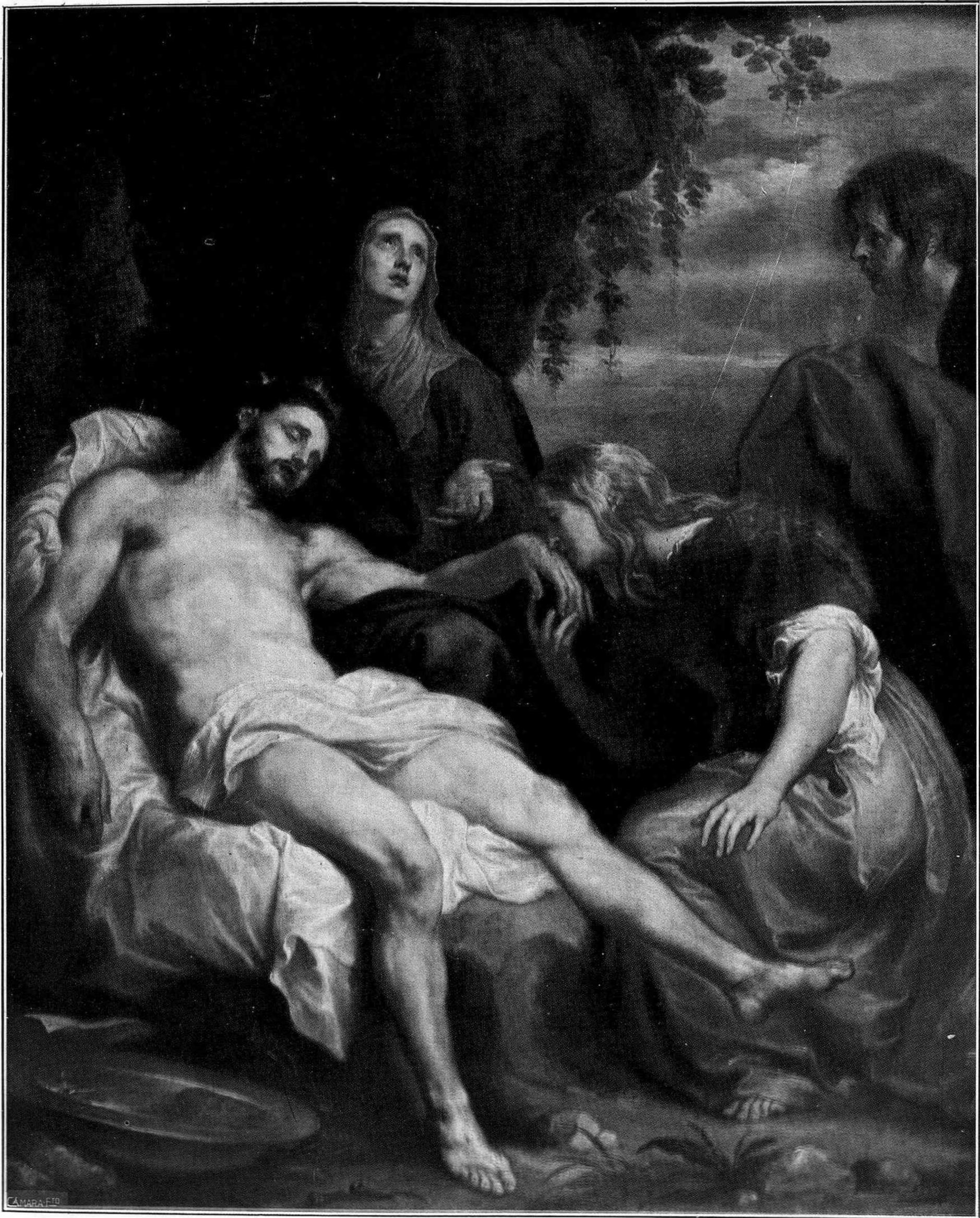
—Campanero, di á Magdalena,
cuando la veas en su hogar,
que soy capitán de la guardia
y que nada me importa ya.

—¿Campanero, dile á mi madre
que de luto se vista ya;
que esta noche parto á la guerra
y no volveré nunca más!...

DIBUJO DE PENAGOS

E. CARRÉRE

LA ESFERA
LAS JOYAS DE LA PINTURA



LA VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS, cuadro de Van Dyck, que se conserva en el Museo del Prado

LA ACTUALIDAD LITERARIA

CHAUCER, REDIVIVO

De acontecimiento literario puede calificarse la reciente versión al español de los *Cantorbéry Tales*, de Chaucer. Con ella da comienzo la «Biblioteca Literaria» que se propone llevar adelante, sin omitir nada de cuanto es necesario para esta clase de empeños, la Editorial Reus. La traducción ha sido hecha directamente del inglés antiguo por el joven doctor en letras Pérez del Río-Cosa, con introducción y notas de gran erudición y precio, y lleva al frente un prólogo del sabio profesor Bonilla. En condiciones tales, huelga encarecer el valor é importancia de esta edición española en dos volúmenes, la única completa de las versiones continentales, pues ni la italiana ni la francesa trasladan íntegro el texto de los *Cuentos de Cantorbéry*. Se leerán, pues, en esta edición todos los relatos de los textos y aun de los manuscritos primitivos, y se leerán también, convenientemente ordenados, todos los apuntamientos del traductor, comentador ferviente hasta del último vóquible del libro genial, contador de sus vírgulas, discutiendo de sus acentos y variantes menudas. Pero este detallismo, necesario en la presentación seria de toda obra clásica de la literatura universal, no le hace olvidarse del fondo crítico de la ficción, en la que se analiza luminosamente el renacimiento de un gran pueblo y que constituye acabada pintura de las costumbres del siglo XIV, segunda edad del mundo feudal.

De todas las obras de Chaucer, son, sin duda, los *Cuentos de Cantorbéry* la más exuberante, la más popular y la más vivida por el autor. Por ella sabemos mucho de lo que no han logrado poner en claro las conjeturas directas ó historiográficas de los biógrafos. Tiene, otrosí, una cualidad de mayor interés, y es la de haber sido escrita en la madurez de la existencia de Chaucer. La crítica coloca motivadamente esa producción en el tercer período del desarrollo de

su personalidad, período en que ésta aparece vigorosa, agresiva, originalísima y se pone fuera de todas las corrientes literarias de su época.

De lo que él mismo nos dice parece inferirse que nació en Londres hacia la mitad del siglo XIV (probablemente en 1340), para terminar sus días con el siglo mismo (probablemente en 1400). Perteneciente á familia humilde, pues era hijo de un vinatero, le vemos, no obstante, desde el comienzo de su carrera, frecuentar asiduamente la Corte, al servicio de una casa aristocrática, primero, y después (1367) como paje del rey Eduardo III. Habiendo ingresado en el ejército, pasó á Francia como soldado. En la campaña de 1357 tuvo la desgracia de caer prisionero; pero el tratado de Brétigny devolvióle la libertad. Casado poco antes de cumplir los treinta años, se cree que con una hermana de la famosa Catalina Swynford, esposa de Juan de Gnad, entró á formar parte así de la familia del duque de Lancáster. Como partidario suyo y en calidad de caballero representante del condado de Kent, tomó asiento en el Parlamento en 1386, y á la protección del mismo magnate debió el haber obtenido un modesto empleo de *controller of customs* en el puerto de Londres, y más tarde el de capellán de la armada. Contrastando con cargos tan prosaicos y humildes, había desempeñado en su juventud varias misiones diplomáticas delicadas en distintas naciones del continente, sobre todo en Italia. Aquí recibió sus primeras impresiones poéticas. Tomó de Dante la extremada sensibilidad, de Petrarca la dulce elocuencia, de Boccaccio la forma narrativa. Más, para no caer en ese defecto de las literaturas latinas, llamado muy bien amaneramiento, fijó su atención siempre en los antiguos clásicos, en las particularidades propias de la lengua inglesa y en la adap-

tación de las expresiones á la naturaleza de los objetos que quería representar.

La originalidad de los *Cuentos de Cantorbéry* es, amén de una originalidad histórica, una originalidad psicológica. Hasta entonces la literatura medioeval no había presentado más que imitaciones infantiles de la vida caballeresca ó de la devoción monástica, tipos abstractos, alegóricos, uniformes ó formados por reminiscencias del pasado. Con Chaucer, nos encontramos por vez primera frente á verdaderos caracteres, frente á hombres vivos, variados é individuales, que se diferencian entre sí por la índole de los sentimientos, de las costumbres, del lenguaje mismo. Chaucer observa esos caracteres, estudia esos hombres y pone en relieve sus notas diferenciales. De aquí un espíritu nuevo, consistente y viril, que coloca á los *Cuentos de Cantorbéry* en la fase inicial de una crisis de la poesía europea. A los poemas y novelas de corte francés, engendros indolentes y monótonos, siguen los versos y narraciones impregnados de realismo, de naturalidad, de vigor descriptivo y de alegría placentera. De aquí la inmoralidad de algunas de estas composiciones, inmoralidad que Chaucer, como nuestro arcipreste de Hita, no cree incompatible con la religiosidad más acendrada. Uno y otro piensan que sólo Dios es quien nos gobierna, y que debemos reconocer su intervención en todo asunto terrenal, aunque, como acrecienta Coignard, sea temerario y á veces incongruente pretender seguirle muy de cerca. Porque, siendo universal, se halla presente en todo género de encuentros, indudablemente sublimes por la conducta que Dios observa en ellos, pero obscenos ó ridículos por la parte que en ellos toman los hombres, único aspecto que se nos muestra y único también que á Chaucer encanta.

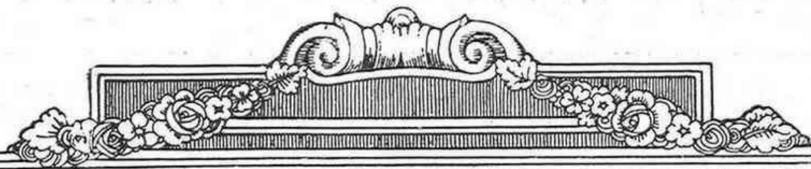
EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

UNA INSTALACIÓN DE LA FERIA DE MUESTRAS, DE BARCELONA



“Stands” números 764 á 766 (interior del Palacio).—Instalación de la antigua y acreditada casa “Guarro y Compañía, S. en C., Angelus Hall” (Rambla de Cataluña, 7, Barcelona), que llama poderosamente la atención por el escogido surtido de pianos corrientes, automáticos y rollos musicales “Victoria”, de fama universal

FOT. MERLETTI



EL JABON
HENO DE PRAVIA

ES EL JABÓN IDEAL PARA
LOS NIÑOS PORQUE NO
CONTIENE MATERIAS CÁUSTICAS
QUE PODRÍAN DAÑAR SU
DELICADA PIEL

1,50 PASTILLA

PERFUMERÍA GAL

MADRID





HORA DE SIESTA

HORA de mediodía. Añil el cielo, de oro candente el sol, viva esmeralda la huerta.

La jalde catarata solar reverbera con centelleos metálicos en las paredes enjalbegadas del caserío. En los arriates se desmayan los geranios bajo el sopor ardiente de la siesta. Por los surcos de los cuadros hortelanos, el agua circula con callado palpitar, como la sangre por las venas humanas.

Bajo el emparrado, á través de los tiernos pámpanos ubérrimos por la sangre de Baco, se filtran, como dardos, áureos rayos de sol que tejen sobre el suelo pedrizo un primoroso alicatado de sombras...

Fresca umbria bajo el palio trémulo de la parral. La pareja campesina, sentada en bajas sillas de eneas, se prepara á comer el pucherete del mediodía.

El hombre, en mangas de camisa, despechugado y sudoroso, acaba de abandonar sobre los surcos calientes la azada. Ha abierto la compuerta del canalillo, y mientras consume el yantar espera que se rieguen los cuadros de frutales... El agua ha saltado de la acequia con un ritmo musical... De los arcaduces rezumantes barbotó cayendo como una espléndida cola azul, y se sumió en el depósito con rumor dulce y tenue, y fué saliendo como una suelta sangría para empapar la tierra morena y fecunda, como una sana mujer.

Sobre la mesilla, la comida exhala una vaharada estimulante... El polvo dorado de la vid llueve á poco, constelando de diminutas estrellas amarillas el blanco mantel... En el ambiente toda la pesadumbre de la hora meridiana gravita, adensando el aire, adormeciendo la tierra, haciendo entornar

los ojos con la inconsciente embriaguez de un letargo.

Hace un alto el hombre en la comida y exclama: —Tardía viene la sementera. ¡Lástima no tener agua bastante!

La mujer mira con él á la huerta. A ras de la tierra, las hortalizas extienden sus grandes hojas verdes y retorcidas como ejemplares de una fantástica flora marina... Amarillean á trechos las matas, calcinadas por el bárbaro sol vernal...

Sedienta la tierra, se quiebra y resquebraja como una piel leprosa...

Falta agua. El cielo, de un rútilo azul, no tiene una nube. Es una cúpula de un cobalto inviolado y cegador... Del pozo, el fresco caudal apenas llena á la mitad la rueda rústica de la noria... Sedientas las sementeras, retuercen sus vástagos como infinitos brazos mendicantes de una limosna líquida...

Apenas el agua de la acequia sirve para humedecer, sin saciarla, aquella tierra en que la pareja campesina concentró sus afanes y de la que espera el pan...

Contemplándola, el hombre vuelve á decir con desesperanza:

—Bueno fuera que no sacáramos de la huerta sino para pagar el arrendamiento.

—Del mal el menos—arguye la mujer—. Siquiera quedaríamos en paz y sin empeños...

—Pero—objeta el varón—, ¿y nuestro trabajo?

—Es verdad.

Y la hembra contempla al varón sudoroso, despechugado, ennegrecido por la caricia ruda del sol,

extenuado por la lucha con la tierra, perforándola, removiendo sus entrañas para arrancar de ellas el fruto... Sin agua bastante, todo el esfuerzo del hombre será baldío. No basta el sudor de su frente para regar la tierra morena, calcinada por la celeste inclemencia...

Mirando al cielo, sienten en el alma la honda tristeza de una impotencia irremediable. Les injuria y defrauda aquel azul tan bello, donde no hay ni la promesa de una de esas nubes grises, panzudas, que vienen preñadas del agua que será luego espiga y fruto, y flor y pan...

Resumiendo sus resignaciones, la mujer acepta: —En fin, ¡sea lo que Dios quiera!...

—¿Qué remedio!...

Y la pareja campesina queda silenciosa, abotargada por la calma ardiente de la siesta... Vibra el azul del cielo, acuchillado por los saetazos del sol. Ebrias de luz, las cigarras, cobijadas entre los tiernos pámpanos del parral, hacen vibrar sus élitros prolongando su lírica agonía...

Un dulce sopor invade los cuerpos trabajadores. Acodados sobre la mesilla, libre ya de platos, les vence la pesadumbre de la hora.

Y, sumidos en el letargo ardiente de la Naturaleza, se van quedando lentamente dormidos...

Las avispas zumban en el aire con bordoneo de guitarra...

Añil el cielo, de oro candente el sol, viva esmeralda la huerta. Hora de siesta.

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA

Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas

A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*; pues, sin *teñirlos*, les da vida y color. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el *ron quina*.

CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumil'a). Blanchura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).



LOCION BELLEZA

Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*, á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitosa perfume.

TINTURAS WINTER

Marca Belleza. Tiñen en el acto las canas. Sirven para el *cabello, barba y bigote*. Se preparan para *rubio, castaño claro, castaño obscuro y negro*. Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos)

Por su calidad superfinia, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, Aurelio García, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de Sarrá.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea usted los miércoles **MUNDO GRAFICO**

¡COMERCIANTE! ¡EXPORTADORES-IMPORTADORES! Consulten el:

ANUARIO DE LA AMÉRICA LATINA

(BAILLY-BAILLIÈRE--RIERA) EDICIÓN DE 1920-21

Información general (señas) de los que se dedican al Comercio de Importación y Exportación, Industria, Agricultura, Ganadería, Minería y Elemento Oficial en las Repúblicas Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Chile, Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela e Islas Filipinas y de Puerto Rico.

Encuadración en dos tomos de unas 2,700 páginas en junto, conteniendo más de 2.000.000 de datos, doce mapas geográficos y de comunicaciones de colores y los *Aranceles de Aduanas* de los citados países.—*Sección de Anuncios*

PRECIO DE VENTA EN TODA ESPAÑA: 70 PESETAS FRANCO DE PORTES CONTRA ENVÍO DE FONDOS

Editores: *Anuarios Bailly-Baillière y Riera Reunidos, S. A.*
Consejo de Ciento, 240.—BARCELONA :: Telégrafo y Cables: «Anuarios»
Agencia en Madrid: Núñez de Balboa, 21; Casa Editorial Bailly-Baillière

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU-PARIS
REINE DES CREMES
DE VENTA EN TODA ESPAÑA

FOTOGRAFIA

: Casa de primer orden :

BIEDMA

23-Alcalá-23
TELÉFONO 730
HAZ ASCENSOR

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



ALMACENES DE JOYERIA Y PLATERIA

FERNANDEZ Y VEIGA

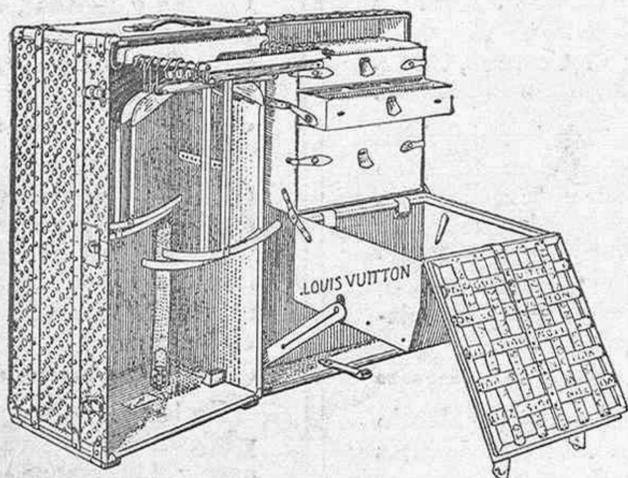
Esparteros, 16 y 18, Madrid Teléfono 2.529 M.
Pagamos su valor por brillantes, perlas y toda clase de alhajas
Grandes existencias en objetos para regalos, vajillas, bandejas y orfebrería

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

A NUESTROS ANUNCIANTES

En vista de la obligada limitación de espacio que imponen las circunstancias presentes, esta Empresa se reserva el derecho de insertar los anuncios cuya publicación se le ordene, en el número solicitado ó en el siguiente ó siguientes si por exceso de original no pudiera hacerlo en aquél



LV

LOUIS VUITTON

LV

PRESENTA SU ÚLTIMA CREACION
EN SUS BAULES ARMARIOS FAMOSOS

UN SITIO PARA CADA COSA
Y CADA COSA EN SU SITIO

CATALOGO FRANCO A LOS LECTORES DE "LA ESFERA"

LOUIS VUITTON

70, CHAMPS-ÉLYSÉES

PARIS



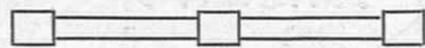
CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

NEUMÁTICOS

PALMER

PRÍNCIPE, 15, MADRID



Son los neumáticos que no se calientan : ni estallan jamás :



SENOS

Desarrollados, Reconstituidos, Hermoseados, Fortificados con las **Pilules Orientales**

el único producto que en dos meses asegura el desarrollo y la firmeza del pecho sin perjudicar la salud. Aprobado por las notabilidades medicas

J. RATTÉ, Pharm. Paris.

Un frasco se remite por correo, enviando 7.50 pesetas en libranzas o giro postal a CEBRIAN y C^o, Lauria, 26, Barcelona de venta en Madrid Gayoso, Arsenal 2; en Barcelona Oliver, Hospital 2



En Egipto mucha gente asegura que ya se usan los productos PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

TINTAS

LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

LO MEJOR PARA LA BOCA
ALCOHOLATO

ELIXIR DENTÍFRICO
CURA DOLOR DE MUELAS
Carmen, 10, Alcohólora

¿Quiere usted aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará mejor



Lea usted **NUEVO MUNDO**

ALFONSO

FOTÓGRAFO

Tuencarral, 6 Madrid